

JORGE ELLIOTT

CHILE  
Y EL  
SUBDESARROLLO

sus causas y consecuencias



JORGE ELLIOTT

CHILE  
Y EL SUBDESARROLLO:  
SUS CAUSAS  
Y CONSECUENCIAS



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.  
Santiago - Chile

Es propiedad. Derechos reservados para  
todos los países. Inscripción 41608.  
Santiago de Chile, 1973.

Imprimió Sopech, Moneda 1158, 3.000  
ejemplares para Editorial del Pacífico  
S. A., Alonso Ovalle 766. Santiago-  
Chile.

*Dedico este libro a la memoria de mi hermano STANLEY ELLIOTT, quien, de estar con nosotros, habría escrito uno semejante, pero más certero y profundo.*

## NOTA PRELIMINAR

*Este ensayo no tiene la menor pretensión académica, por lo cual no hemos considerado necesario proporcionar datos bibliográficos. Sólo hemos agregado algunas notas en beneficio de quienes pudiesen interesarse por verificar las citas más importantes.*

*Nos impulsó a escribirlo el doloroso proceso de cambios en que se encuentra envuelto el país. Un proceso que no puede dejar de inquietar a ningún chileno. Ni siquiera, como es nuestro caso, a un artista y profesor de teoría del arte.*

*Vacilamos más de un año antes de decidirnos a correr el riesgo de discutir asuntos que no atañen directamente al oficio que practicamos ni a la especialidad académica que ejercemos. Pero, finalmente, nuestra angustiada preocupación venció nuestra natural cautela.*

Jorge Elliott.

## C A P I T U L O I

### *Lo General antes de lo Particular*

Jung sostiene que una de las funciones básicas de la mente humana es la *religiosa*, pero que esa función logra, a veces, sublimarse en ideologías (1). En otras palabras, las creencias religiosas pueden ser suplantadas por creencias ideológicas. Por supuesto que cuando así ocurre surgen graves problemas de comunicación entre ideólogos y humanistas, debido a que a los últimos les resulta difícil razonar con personas convencidas que han llegado, científica y racionalmente, a una verdad absoluta, cuando no es el caso.

En los últimos cien años las conquistas de la ciencia y de la tecnología —tan manifiestas, tan tangibles— han

---

(1) Una discusión concisa, pero penetrante, de esta idea de Jung, tal cual la desarrolla, desde diversos puntos de vista, en sus obras: "Los Arquetipos del Inconsciente Colectivo" y "Psicología y Religión", se encuentra en la obra de Frieda Fordham "An Introduction to Jung's Psychology", Pelican Books, Londres, 1959, págs. 69-83.

minado las religiones. Las verdades de las últimas no se pueden comprobar por medio de *concreciones*, de artefactos funcionales dotados, incluso, de una seudovida. A la vez, los científicos han obtenido sus triunfos persiguiendo la *verdad* a expensas del *sentido*, de modo que la vida parecería haber perdido su razón de ser. No debe sorprendernos, entonces, que hayan surgido en nuestra época filosofías tan nihilistas como, por ejemplo, la *existencialista* atea.

Nada de extrañío tampoco, que en lo que va corrido de este siglo, la *función religiosa* se haya visto frustrada en la mente de muchos, lo que ha favorecido el fortalecimiento de la ideología marxista, en particular, y acendrado una ruda lucha política.

El marxismo tiene de positivo el aspirar a establecer sociedades en que no existan individuos desamparados, sin trabajo, sin recursos, sin hogar y desnutridos. Puesto que esta aspiración extiende algunos aspectos básicos de la doctrina cristiana tal cual se exponen en la Biblia: "Antes pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico al reino de los cielos", "No hagas nada a tus semejantes que no desees que te hagan a ti". Y debido a que el nivel alcanzado por el conocimiento humano, prácticamente impide tornar perceptible lo trascendente, a causa, como sostiene el filósofo existencialista cristiano Karl Jaspers, de hallarnos hoy "ante una estupenda realidad que, no obstante, se alza frente a nosotros como una obscuridad muda" (2), muchos espíritus religiosos han bajado la vista en un intento de ver reflejada en la realidad material la verdad trascendente. Al hacerlo aspiran a llevar a cabo algo semiequivalente a la racionalización del cristianismo verificada por San Agustín y por Santo Tomás hace unos seis siglos. O sea cuando ambos armonizaron la doctrina cristiana con las ideas filosóficas de Platón y Aristóteles. En otras palabras, intentan

---

(2) Véase "Man in the Modern Age", Karl Jaspers, Doubleday and Anchor, New York, 1957, pág. 141.

allegar los planteamientos marxistas al *humanitarismo* cristiano. Hablan de una *Nueva Iglesia*, forman partidos políticos como la Izquierda Cristiana de Chile, e incluso, sacerdotes se transforman en guerrilleros.

No puede negarse que en nuestros días el marxismo resulta seductor aun para la función mítica de la mente. Vivimos en un mundo *futuro dirigido* y no en un mundo *pasado dirigido*. Nuestra época no es una época en que pueda sustentarse que *todo mundo pasado fue mejor*. Las investigaciones históricas, arqueológicas y antropológicas contradicen toda idea de que antaño el hombre vivió en sociedades idílicas, ya en el paleolítico —cuando la edad de supervivencia media era diecinueve años— o en el neolítico o en Grecia. Si el hombre ha de hallar solución a sus problemas tendrá que ser a través de conquistas futuras. Pues bien, el marxismo traslada seductoramente el sueño ancestral de la *Arcadia*, del *Paraíso Perdido* del pasado al futuro, al sustentar que la meta del socialismo marxista es engendrar, con el tiempo, la sociedad más idílica posible: la comunista. Sociedad que constituiría la *Arcadia*; sociedad absolutamente igualitaria, sin clases gobernantes, sin ricos ni pobres, y sin Estado.

Decíamos hace un momento que algunos espíritus religiosos intentaban ahora lograr algo semiequivalente a lo logrado por San Agustín y Santo Tomás en el pasado, cuando racionalizaron el cristianismo. Dijimos semiequivalente y no análogo, porque lo conseguido por los Santos filósofos fue un factor importantísimo entre los varios que provocaron el *renacimiento*. Pero los resultados de la acción marxizante actual se parecen, por el contrario, a los que condujeron hacia la más oscura era de la Edad Media. Fanatismo entonces y fanatismo ahora. En ese ayer se gritaba *¡Brujo a la hoguera!* *¡Hereje a la hoguera!*, como hoy se grita *¡Gusano, momio, al paredón!* *¡Muerte al burgués!* *¡Muerte al explotador!*

La teoría socio-económica marxista carece de equilibrio. Surge del análisis de una situación bastante particular —los problemas sociales y económicos de Inglaterra durante la Revolución Industrial, que generaliza, respecto al futuro, con más pasión que visión profunda. Propugna la renovación por medio de la destrucción revolucionaria, basándose en el llamado principio de *la negación de la negación*— hay que echar abajo el árbol para hacer la silla, hay que herir la montaña y fundir el mineral para hacer la locomotora. Hay, pues, que extirpar la sociedad burguesa para levantar la proletería. Hay lo blanco y lo negro, los malvados y los benditos, y a los malvados debe ponérseles fin.

No puede negarse que los estudios realizados por Karl Marx en Inglaterra en torno a los fenómenos sociales y económicos que allí surgieron durante la Revolución Industrial, son serios y detallados. Ni puede tampoco negarse que su significación trasciende lo local, por cuanto la Revolución Industrial repercutió, luego, más allá de las fronteras de ese país. Pero, como ya insinuamos, cuando se pasa de su análisis de los hechos y de su interpretación de muchos de ellos a sus remedios y predicciones, la cosa cambia. Se sale de lo escuetamente científico al campo del teorizar filosófico y del ensueño mítico, pues basa su concepción materialista de la historia —para ser más precisos aún— en la *Filosofía de la Historia*, de Hegel. Obra en la cual se cohesionan los eventos de la historia, sustentando que los procesos de ella son *dialécticos* —por lo cual queda involucrado en principio de *la negación de la negación*— y luego proyecta un idílico esquema social *míticamente* hacia el porvenir.

Algunos años antes de la última Guerra Mundial, Lord Bertrand Russell, en un diálogo radial que mantuvo con el poeta y pensador norteamericano Allan Tate, sostuvo que la *Filosofía de la Historia* era el libro más dañino jamás escrito por cuanto había engendrado la falacia marxista. Aseveró a la vez que la obra no tenía nada de absoluto, ya que la historia comprende tantos hechos y eventos que es posi-

ble encontrar miles para apuntalar cualquier teoría respecto a su desarrollo.

A lo que habría que agregar, por su mayor profundidad crítica, las observaciones, en relación a la dialéctica marxista, hechas por el filósofo alemán Karl Jaspers: "La dialéctica del ser viviente y del consciente (que no se puede entender con claridad si se le mira desde un punto de vista meramente intelectual; que sólo se logra aprehender a fondo en esa singular plenitud que, a través del *llegar a ser*, concede al espíritu capacidad de grandeza) queda degradada cuando se encadena al hombre a un proceso histórico simplificado artificialmente: a la concepción de la historia que subordina sus procesos exclusivamente a las condiciones materiales de la producción. Me refiero, claro, al marxismo. En esa doctrina la dialéctica se rebaja y transforma en un simple método, carente tanto de altura metafísica como de profundidad respecto al contenido histórico de la existencia". (3).

Lo cierto es que Karl Marx no sólo degradó la dialéctica al simplificar el proceso histórico, sino que tampoco ahondó en la sicología humana. Por eso, y al ser criatura de su tiempo, no logró desprenderse de la concepción *romántica* del hombre, o eludir la influencia de Rousseau, quien concibiera al *tierno inocente*, al *hombre natural*. Lógico, entonces, que creyera que el hombre es compasivo, bondadoso, equitativo y justo, pero pervertible en sociedades imperfectas. Y que sostuviese, en consecuencia, que una vez que se cambiase la estructura social por otra que imposibilitara la explotación del hombre por el hombre, el ser humano comenzaría a madurar sin defectos, y podría avanzar con facilidad hacia la *Arcadia* comunista.

Sin embargo, ni él ni sus seguidores se han mosirado compasivos, sino prontos a insistir en que *el fin justifica los*

---

(3) Ibid. pág. 9.

*medios*, y por ende, dispuestos a sacrificar despiadadamente generaciones enteras en beneficio —extremadamente hipotético— de las generaciones futuras. Hoy como ayer, los marxistas desconocen el carácter netamente humano, y por lo tanto *falible*, del Estado, al cual están prestos a conceder poder para reprimir despóticamente *el libre albedrío*.

Por lo demás, su *Arcadia* asoma, hasta el momento, como límite inalcanzable, o como límite matemático. Como el 9,999 que nunca llega a ser 10. Hemos argüido que ensoñarla implica en nuestra época satisfacer la función mítica de la mente, ya que nuestro tiempo es futuro dirigido. Quizá valga recordar, también, que, según Freud, los mitos arcádicos se originan en el deseo inconsciente de retorno al vientre materno, a la condición de feto cobijado del mundo, suspendido, en lánguida exquisitez, en aguas cálidas.

Repetimos que ya no es posible sostener que *todo mundo pasado fue mejor*. Que los historiadores, los antropólogos y los etnólogos nos han demostrado lo contrario. Por ejemplo, en nuestra América se sostuvo durante muchos decenios que los mayas y los incas lograron organizar sociedades neocomunistas verdaderamente justas. Que los españoles desbarataron esas santas comunidades. Bastó el descubrimiento de un edificio con tres inmensas salas cubiertas de pinturas murales en la ciudad maya de Bonampak para echar por tierra la teoría de la inmensa bondad de los mayas. En esas salas se representan batallas, esclavos atados y cruentas disputas, que hablan de un comportamiento en nada diverso del europeo. Por otra parte, los historiadores más rigurosos de nuestro tiempo nos hacen ver que la *dulce* leyenda de los incas se basa en los “Comentarios Reales” del Inca Garcilaso de la Vega, obra distorsionada por una fuerte y emotiva *herejía personal*. Obra poco documentada —puesto que los incas no escribían— apoyada, ante todo, en la palabra de un anciano pariente suyo, sin duda algo mitómano. No hay prueba, pues, en el pasado de la bondad natural de hombre, como no la hay en el presente. Inten-

tar recapturar esa mítica pureza en el futuro es una aberración.

Vale la pena observar ahora que no se le puede imputar solamente a la obra de Marx la falla de no atribuir debida importancia al hombre como factor en su ecuación. Esa falla la comparten con él todos los sociólogos —y para qué decir los economistas— incluso de este momento. Lo que se requiere en estos días es que surjan especialistas en los fenómenos sociales y económicos que, antes de proponer soluciones a los problemas del mundo, atribuyan mayor importancia a la naturaleza intrínseca del hombre. Que consideren factor primordial en sus estudios al sicológico.

El hombre es, en términos relativos, una criatura nueva en el planeta. Han existido organismos vivientes en él por centenares de millones de años, pero el *Homo sapiens* verdaderamente tal, emergió ante el cielo apenas hace unos doscientos mil años; antropoides erectos que se auxiliaban con piedras, pero que no hablaban ni se organizaban en tribus; criaturas cubiertas de un espeso pelaje y de reducida capacidad craneana hicieron su aparición mucho antes. Quizá un millón de años atrás. No eran hombres de verdad.

Nada de extraño, entonces, que el hombre sea una criatura, en cierto sentido, incompleta. La complejidad y delicadeza de su cerebro incrementan su vulnerabilidad, de modo que es fácil que nazcan seres afectados por desequilibrios mentales. El hecho de que la mente humana sea *autoconsciente* torna al hombre egoísta. Su imaginación enriquece su creatividad, pero, a la vez, lo predispone al sadismo, al masoquismo, a la paranoia. ¡Imposible imaginarse siquiera a un jabalí torturador por placer! Pero la crueldad del hombre es indiscutible... ayer y hoy. Piénsese en los clavos de las pirámides, en los gladiadores romanos, en los instrumentos de tortura de la Edad Media, en los campos de concentración nazis. En los *lavados de cerebro*, en las *clínicas sicológicas para reformistas*, o, finalmente, en las cárceles de cualquier país contemporáneo.

¡Qué no nos pidan, pues, los ideólogos que nos entreguemos maniatados al hombre y su Estado! ¡Al hombre destructor de ecologías, contaminador de la tierra, exterminador de cientos de especies... criatura degenerable! (4).

Es por esto especialmente, que consideramos conquistas históricas muy deseables aquellas que establecen la igualdad ante la ley, la libertad de información —puede hacer lo que le plazca un representante del Estado a un simple ciudadano— donde nadie tiene derecho a denunciar nada. A la libertad de pensamiento y a la libertad de movimiento.

Es cierto que incluso en los países en que se dice que estas conquistas rigen, rigen sólo relativamente. En demasiados pueblos la igualdad ante la ley es un mito duro, porque la ley no es pareja. El pobre que no puede escapar de nada, nada se aventaja con las conquistas que hemos halagado. Pero es preferible que existan en cierta medida que en ninguna. El acontecer histórico nos enseña que amplían su radio de acción a medida que los pueblos se desarrollan. Benefician a más gente en Dinamarca y Suecia, en Holanda e Inglaterra que en Paraguay o Chile. Sin embargo, no fue así siempre en Europa, y podría llegar a ser como allá en nuestros pueblos en un futuro no lejano.

Al hacer hincapié en la importancia que tienen para el hombre los principios establecidos por la Carta Magna —luego ampliados por los ideólogos de la Revolución Francesa— no pretendemos condenar de raíz al socialismo, ni ansiamos convencer que el capitalismo es el sistema social que más favorece al bienestar humano. Ambos sistemas tienen sus fallas. Ambos también tienen algo que aportar a otro más justo y eficaz que pudiese surgir más adelante.

---

(4) No es nuestra intención negar la espiritualidad del hombre. Más bien pensamos, como el poeta William Blake, que el hombre es engendro de "un matrimonio del cielo y del infierno". Que por su corta maduración evolutiva lo "celestial" en él vence en su psiquis de vez en cuando, y no permanentemente.

Resulta lógico, entonces, que en los últimos decenios ambos sistemas hayan sido sometidos a examen por numerosos sociólogos, filósofos y economistas. Hoy el más discutido de todos los revisionistas críticos es, sin duda, Herbert Marcuse, un filósofo de formación marxista que, no obstante, critica tan severamente a los regímenes socialistas como a los capitalistas, mientras examina las fallas de las sociedades industrializadas.

En síntesis, podemos establecer que él llega a las siguientes conclusiones:

- 1.— Que una sociedad en que el hombre no sea dominado por el hombre, o por instituciones, es una sociedad deseable.
- 2.— Que una sociedad no reprimida en exceso —más allá de lo que es necesario reprimir para garantizar el funcionamiento ordenado de la sociedad— es una sociedad deseable.
- 3.— Que una sociedad que ha tenido éxito en la pacificación de la lucha por la existencia, una que utiliza la ciencia al máximo —y por ende la tecnología— para disminuir lo más posible la necesidad de trabajo humano, es una sociedad deseable.
- 4.— Que una nueva sociedad, la sociedad deseable, es, en teoría, posible ya. Que la única alternativa a ella es la destrucción del mundo (suicidio nuclear).
- 5.— Que una sociedad que satisfaga los requisitos anotados engendraría *un hombre nuevo*, capaz de aprovechar al máximo las posibilidades del desarrollo racional y de la felicidad.

Pero al establecer lo que anotamos, mientras efectúa su crítica de las sociedades industrializadas de hoy, no su-

giere soluciones. El filósofo Robert W. Marks en su estudio de la obra de Marcuse ("The Meaning of Marcuse") nos dice lo siguiente:

"Para entender a Marcuse esta analogía puede sernos útil: Ocurre un apagón. Se llama al electricista, quien descubre al poco rato que lo ha causado un fusible defectuoso. Prepara un largo informe que incluye un detallado y erudito estudio de la historia de la electricidad, en el cual condena vigorosamente a todos los teorizantes, desde Aristóteles a Mesmer, que han defendido interpretaciones incompletas o fallidas de la naturaleza de la electricidad. Justifica su estudio indicando que no es posible entender la verdadera naturaleza de fenómeno alguno si no se le intenta ver en su contexto histórico. Luego, en una disertación sobre el método, explica que el concepto del fusible, debido a la lógica de la naturaleza, sólo adquiere sentido en términos de su negación, o del nofusible —la ausencia de un fusible. Uno le contesta que su razonamiento es claro y sensato, pero que ya conoce al *nofusible*. Que justamente por él se está sumido en la obscuridad, y que el asunto es: ¿Qué vamos a hacer sobre el *nofusible*?"

"El electricista se deprime. Ocurre que no tiene con qué reemplazar al *nofusible*. Nos recuerda, además, que si tuviésemos algo con el cual reemplazar al *nofusible*, tarde o temprano correría la misma suerte del fusible original, que por la negación de la naturaleza —manera elegante de decirnos que recargamos las líneas— negaría, a la vez, al nuevo fusible; y el principio de la realidad, que contradice al principio del placer, nos sumiría nuevamente en la obscuridad". (5).

---

(5) Mucho debemos a Robert W. Marks en estas páginas. Su brillante y sintética discusión de la extensa y compleja obra de Marcuse nos ha evitado la necesidad de re-estudiarla en detalle. La cita directa que incluimos aparece en "The Meaning of Marcuse", Robert W. Marks, Ballantine Books, New York, 1970, p. 3.

Pero el caso de Herbert Marcuse, interesa, no tanto por sus críticas sociales que no ofrecen alternativas, como por el impacto que han tenido sus ideas sobre la juventud actual.

La juventud de nuestro tiempo ha adquirido lo que Karl Jaspers llama *una preponderancia ficticia*, anotando que cuando el adulto sabe dónde va, sustenta valores estables, cree de verdad y acepta una ética y una moral determinada, el niño es sumiso y disciplinable, pero que cuando el adulto se encuentra perdido, desorientado ante una *estupenda realidad, no obstante muda y obscura*, el niño adquiere una independencia relativamente incontrolable (6).

Por cierto que una juventud independiente se ve impulsada a buscar inspiración por aquí y por acá. En gran medida la ha hallado últimamente en obras de Marcuse como "El Hombre Unidimensional" y "Eros y Civilización".

En "El Hombre Unidimensional" Marcuse adopta la posición de que el hombre en las sociedades industriales modernas, o tanto en Rusia como en Norteamérica, ha perdido de vista el hecho de ser producto de una ideología en particular. Se ve avanzar firmemente y en un sentido *progresista*. No vislumbra el *negativo* de la ideología dominante y no percibe que lo deseable no es más de lo mismo, sino ese tipo de pensamiento opuesto que puede, por conflicto, provocar un salto *cuántico* a un nivel social superior; un nivel en el cual la pacificación de la lucha por la existencia es posible.

La alternativa, entonces, es emplear el poder del *pensar negativo*. No es necesario obedecer las reglas del juego. Y esto es, justamente, lo que han hecho y hacen los estudiantes revolucionarios. Lo que han descubierto así es el

---

(6) Véase "Man in the Modern Age" nuevamente. Misma edición. Pág. 112.

poder del *gran rechazo*. Ello, mientras se conciben transformados en *hombres nuevos*. Piensan que les sucede lo que Marcuse predice en "Eros y Civilización", o que su sexo se les transforma en Eros puro. El empuje biológico se les transmuta en impulso cultural. Que el principio del placer les revela su propia dialéctica. Que el blanco erótico les engendra proyectos de realización adecuados a sus seres.

Los conflictos y las aspiraciones que hemos delineado escuetamente en los últimos párrafos parecen contradecir todo relativismo. Además, son en verdad un lujo. Se refieren a afanes que pueden absorber a seres sin agudas preocupaciones inmediatas. Recordemos que el análisis de Marcuse no abarca al mundo subdesarrollado. A él le han interesado siempre las sociedades industrializadas modernas. Preocuparse de transformar al sexo en *Eros* puro cuando el dilema básico es sobrevivir resulta un anacronismo. Como es anacrónico aspirar a transformarse en hombre nuevo, cuyo impulso biológico sea impulso cultural, por el camino del odio y del resentimiento.

Los ultraizquierdistas parecen desconocer el axioma siguiente: la forma en que nos comportamos cambia nuestra manera de ser. Que si nos dedicamos al asalto armado, al robo, a la violencia, incluso al asesinato, degeneramos síquicamente. Parece que por ese camino sería imposible llegar a ser un hombre nuevo marcusiano, libre de conflictos existenciales, con el sexo transmutado en Eros puro, con el impulso biológico sublimado en impulso cultural.

Stalin robó, voló edificios, tuvo que ver con el asesinato de decenas de pasivos burgueses antes que estallara la Revolución de Octubre. Luego, como gobernante, se demostró ilimitadamente despiadado y cruel, hasta el punto que sería imposible determinar hoy día a cuánta gente eliminó, a cuántos encarceló injustificadamente, a cuántos millones desarraigó de sus tierras para establecerlos en otras, lejanas y muy distintas.

Si lo que aspiran lograr los ultraizquierdistas es provocar un salto *cuántico* hacia la sociedad *deseable* de Marcuse, al vivir en revolución perpetua, en constante *Revolución Cultural* maoísta, se defraudarán mientras se pervierten.

Pero es hora de volver a lo que anotamos hace un momento, o al hecho de que Marcuse se refiere no a los países subdesarrollados, sino a los desarrollados. Allí, en la relativa abundancia, pueden plantearse auténticamente problemas existenciales; puede agobiar a la gente el sentimiento de hallarse a la deriva, frustrada, sin destino en un mundo atosigado de bienes de consumo, pero carente de sentido. En los países subdesarrollados no pueden plantearse auténticamente, o no, al menos, de la misma manera.

Al fin y al cabo, los pueblos sumidos en el subdesarrollo tienen una meta sencilla. Ellos no carecen de *norte*. Su meta es *desarrollarse*.

Por cierto que parecería justificar la actitud tanto de los marxistas tradicionales —más cauta y menos despiada ahora que la de los *ultra*— como la de los extremistas el hecho de que países tan inmensos como Rusia, por una parte, y China, por otra, hayan escogido buscar solución a sus dilemas por la vía revolucionaria. Pero ellos han tenido menos éxito que el Japón en cuanto a logros económicos y tecnológicos efectivos. Y el Japón no procedió a buscar un nuevo camino sumiéndose en una lucha fratricida. Podría sustentarse que por eso mismo la estructura social del Japón deja mucho que desear. Pero, ya enriquecido, podría en cualquier momento implantar reformas capaces de dotarlo de un sistema socio-económico al menos tan amplio y justo como el que rige en los países escandinavos.

Vale recordar también, que las revoluciones rusa y china acaecieron después de guerras cruentísimas que desangraron a ambos países. Nada semejante ha atormentado a Nuestra América.

Finalmente, los acontecimientos políticos y sociales ocurridos durante este siglo, lejos están de demostrar —cosa que acabamos de insinuar— que los cambios estructurales garantizan promover el desarrollo. Más importante que los cambios estructurales parecerían ser otros factores, tales como la actitud mental y el vigor de una vida cultural apropiada. Esta, al menos, es nuestra tesis y, por lo tanto, este ensayo abordará, de aquí en adelante, el dilema de nuestro subdesarrollo sin ahondar demasiado en la cuestión ideológica.

## C A P I T U L O   I I

### *Causas y Consecuencias del Subdesarrollo*

Recalquemos una verdad de Perogrullo: es un hecho que existen países desarrollados y países subdesarrollados. Lo que para muchos no está claro es por qué algunos países se han desarrollado y otros no. Dependiendo de las ideologías vigentes en las diversas naciones del orbe, se piensa, un tanto vagamente, ya que los pueblos subdesarrollados no se desarrollan por falta de capitales, o que no se enriquecen y tornan productivos por ser pueblos explotados tanto por sus clases privilegiadas como por las potencias capitalistas.

Como se ve, ambas posiciones enfatizan el factor económico. Factor sin duda significativo, pero, pensamos, de ninguna manera determinante. Al fin y al cabo las *consecuencias* del subdesarrollo no pueden dejar de ser económicas, pero las *causas* de él no tienen por qué serlas.

Es así que los países que sustentan que hay subdesarrollo donde escasean capitales, especialmente los Estados

Unidos, no sólo han invertido billones de dólares, libras o marcos en los países subdesarrollados, sino que también les han extendido créditos cuantiosos, e incluso les han donado cantidades muy considerables de circulante duro, sin que por ello los países beneficiados hayan logrado el desarrollo. Y cuando se han suplementado los préstamos con asistencia técnica, incluyendo el envío de economistas planificadores, los resultados no han sido en nada mejores. En efecto, es posible aseverar que los economistas no han ayudado a salir del subdesarrollo a país alguno en lo que va corrido de este siglo.

Por otra parte, los acontecimientos de los últimos treinta años demuestran que no basta realizar cambios estructurales que alejen del poder a las aristocracias y a las burguesías *explotadoras* para que los países rezagados logren desarrollarse. Albania y Bulgaria eran pueblos subdesarrollados antes que se transformaran en países comunistas, y hoy, como países comunistas, siguen igualmente subdesarrollados. Sin embargo, al término de la Segunda Guerra Mundial, Alemania quedó dividida en dos, o sea en un país comunista y en otro capitalista, no obstante lo cual hoy ambas Alemanias se cuentan entre los nueve países de más fuerte economía en el mundo. Esto último parecería indicarnos que el desarrollo depende, ante todo, de un factor *cultural*, y no de uno económico.

Lo mismo sugiere el caso de Japón. En cuanto aquel país tomó contacto intenso con occidente y se propuso asimilar su cientismo racionalista con su extensión tecnológica, salió rápidamente de su rezago en la Edad Media, y se transformó en una potencia económica fortísima.

Lo curioso es que tanto los países desarrollados que intentan auxiliar a los subdesarrollados, como los propios países subdesarrollados, en cuanto perciben la relativa ineficacia de la ayuda económica, antes de reconocer como factor primordial al cultural, tienden a pensar que la inhabili-

dad de reaccionar ante estímulos económicos es asunto racial. O sea, que los países subdesarrollados lo son, *en gran medida*, porque sus razas son inferiores. Pero el mismo caso del Japón echa por tierra esa teoría. A principios del siglo pasado se consideró a la raza japonesa como inferior, justamente por su retraso. Hoy, después de su increíble surgimiento, nadie sustentaría tal tesis.

Fuera del hecho de que no ha sido posible a ningún antropólogo serio demostrar que raza alguna sea inferior a otra, ni siquiera a la aborígen de Australia, rezagada en el paleolítico cuando llegó a ese continente el hombre europeo; hay otro que debe tomarse en cuenta, el siguiente: en nuestra época la cuestión racial no tiene por qué considerarse siquiera como factor.

Pero antes de elucidar la parte final de nuestra última observación, conviene aclarar la primera. Hoy se sabe que grupo humano alguno pudo salir del paleolítico en regiones donde no existían entre su flora endémica, cereales, legumbres, etc., susceptibles al cultivo y refinamiento genético. En Australia, antes de la llegada del hombre blanco, no pudo existir la agricultura porque ni trigo ni maíz ni papas ni arroz ni legumbres ni frutales refinables se contaban entre su flora indígena. Por cierto que ayudan, además, a mantener estáticos a grupos humanos, por ejemplo, en el neolítico, el aislamiento, factores climáticos, la calidad de la tierra, la frondosidad tropical, etc. Pero no es del caso en este escueto trabajo entrar en una discusión detallada de las causas que justifican la supervivencia en nuestros tiempos de grupos en estado cultural primitivo.

En cuanto a la segunda parte de la aseveración que comentamos, o sea, al hecho de que no debiese contar hoy el factor racial en la ecuación planteada por el desarrollo. Recordemos la *movilidad* que caracteriza al mundo actual. Si fuera efectivo que ciertas razas son inferiores a otras, na-

da impediría a un país cualquiera donde pudiese existir una, compensar por esa debilidad estimulando la emigración.

Hacemos hincapié en la cuestión racial, porque, sin deber serlo de verdad, es un factor real —sicológico— en la ecuación del subdesarrollo, que pesa significativamente en Nuestra América y muy en particular en Chile. Aquí, apenas se pone dura alguna discusión acerca del estado en que nos encontramos, no falta jamás un partícipe que irrumpa en ella exclamando: “¡Este país no tiene remedio! . . . ¡es cuestión de raza! . . . ¡si vivimos en un país de indios!”. Recordamos haber asistido a una comida en que uno de los comensales se dedicó a exaltar el valor de un intelectual chileno. Apenas calló un instante una señora elegantísima alzó la voz para exclamar: “¿Será cierto que existe gente verdaderamente inteligente en Chile?”

Este menosprecio, encubierto por una melosa capa de patrioterismo, es responsable en toda Nuestra América por el desgano con que se conduce en ella todo lo cultural. Es responsable de que no se tomen totalmente en serio las instituciones de altos estudios ni los museos y las bibliotecas. Es por esto, en efecto, que hay tan poco de qué enorgullecerse en las principales ciudades latinoamericanas.

Consecuencia de él también, es aquello de que en el fondo no se crea en nuestras diversas patrias que sus problemas tengan solución. Para qué propiciar el pensamiento y la inventiva en Chile o en Ecuador cuando ni chilenos ni ecuatorianos jamás pensarán con originalidad. Cuando en nuestra América nadie inventará nada práctico. Qué importa que la mediocridad se entronice en las universidades cuando somos países mediocres. Por cierto que mientras se razone de esa manera —aunque nadie lo confiese— no se llegará a ninguna parte. Al fin y al cabo no puede esperarse que nuestros políticos conciban programas imaginativos de desarrollo, tanto a mediano como a largo plazo, si care-

cen de fe en nuestros destinos al igual que la mayoría de sus conciudadanos.

El absurdo de atribuir nuestro retraso al factor racial queda en evidencia apenas consideramos el hecho de que —excepcionalmente— Chile aceptó, hace ya más de un siglo, una cuantiosa emigración alemana —y raza alguna es más admirada por su creatividad en Chile—. Sin embargo, entre sus numerosos y muy puros descendientes no se cuenta un Kant o un Max Planck, sólo una buena cantidad de excelentes profesionales. Lo mismo podría decirse de los descendientes de ingleses, franceses, italianos o yugoslavos. Esto se debe a que no están dadas las condiciones aquí —ni en general en Latinoamérica— para que emerjan capacidades superiores. No tienen dónde formarse.

No es posible negar que laboran en nuestras universidades un puñado de científicos serios. Lo hacen con gran dificultad. Sin que se les estimule a fondo. Además, la gran mayoría de ellos se formó en el exterior, y en el exterior investiga la mayoría de los científicos, humanistas y tecnólogos latinoamericanos que han recibido becas de estudios ya en Estados Unidos o Europa. En efecto, más de tres mil humanistas, tecnólogos y científicos argentinos trabajan en Norteamérica, y algo así como quinientos chilenos.

Si los latinoamericanos mejor formados descubren a menudo que no pueden trabajar en sus patrias, no puede extrañarnos que en la década del treinta; cuando numerosos científicos e intelectuales anti-nazi abandonaron Alemania y algunos países cercanos al entonces pueblo de Hitler, prácticamente ninguno se refugiara en Nuestra América. Y fueron justamente esos refugiados los que contribuyeron a elevar notablemente el nivel de los altos estudios y de la investigación en países como Estados Unidos y Canadá.

Ocurre que la falta de fe en nosotros mismos, nuestro menosprecio por nuestros pueblos, engendró hace tiempo una indiferencia fatal por el destino de nuestras universida-

des y centros de investigación. Cuando se piensa, como parece haber pensado don Gustavo Ross, quien respondió a una solicitud de don Domingo Santa Cruz Wilson, en el sentido de que le concediera divisas para importar pintura para artistas, preguntando: "¿Para qué pinta esa gente en Chile, Domingo, cuando se pinta tan bien en París?". (7) En efecto, cuando así se razona se llega a la conclusión que no hay por qué pensar en nuestro suelo cuando se piensa tan lúcidamente en otras partes, y especialmente cuando se sabe, de antemano, que somos incapaces de concebir ideas válidas. Entonces, claro, que no importa quiénes se apoderen de nuestros institutos o que se entronicen en ellos los ineptos. Ya que nuestros pueblos no tienen remedio, que cada individuo en ellos se salve como pueda, se haga de una parcela por aquí o allá y no la suelte jamás.

Mientras tanto, y de la boca para afuera por lo menos, la culpa de todos nuestros males es de otros. Nosotros somos los responsables de que haya surgido aquí una gran poesía: la de un Huidobro, la de Gabriela Mistral, la de Neruda o Parra. Somos los responsables de la belleza de nuestras mujeres, de nuestro maravilloso clima y de nuestras sabrosas frutas. Pero de nuestros males son responsables extranjeros; los explotadores de ayer y de hoy. A pocos se les ocurre pensar que es tan vergonzoso ser *explotable* como *explotador*.

Contrasta con el caso de nuestros países, el caso de Australia. Se trata de un buen ejemplo, por cuanto Australia está más lejos de Europa que nuestros países del litoral Atlántico. Hasta hace unos veinticinco años Inglaterra tenía invertido en Argentina más del doble de lo que tenía invertido en la lejana Australia, que fuera, originalmente, una colonia penal.

---

(7) No podemos dar mayores detalles respecto a esa conversación, por no haberse publicado aún el libro de don Domingo Santa Cruz Wilson en que se discute.

Es menester visitar ahora esa inmensa isla para darse cuenta de lo que se puede lograr con esfuerzo, con visión y sin complejo de inferioridad. No hay *callampas* en sus hermosas ciudades. Su dólar vale un veinte por ciento más que el norteamericano, y el costo de vida allí es menos de la mitad del costo de vida en Estados Unidos.

Pero los australianos quieren para Australia sólo lo mejor. Ya que hemos sacado a relucir nuestros centros de estudios superiores, indicaremos que el Gobierno australiano mantiene un fondo de varios millones de dólares solamente para sufragar los gastos de los concursos internacionales que organizan sus universidades cada vez que requieren llenar una cátedra. De modo que a las universidades australianas no les cuesta un centavo reclutar personal idóneo para el desarrollo de cualquiera disciplina del saber. Además, los australianos deben poseer antecedentes al menos iguales a los del mejor competidor extranjero si desean ocupar una cátedra determinada. Para resumir, entonces, anotaremos que el factor a que aludíamos induce entre nosotros un escepticismo que impide exigir *calidad* al hombre local. Por eso, ese hombre se transforma en un explotador de su país, siendo el mismo *explotable*. No vacila en aceptar cualquier cargo que pueda conseguirse, y luego exige inamovilidad funcionaria, propiedad en el cargo en un año, jubilación a los treinta años —con perseguidora por supuesto—. Termina, por cierto, esterilizando el medio en que se introduce, al sustentar que no es justo contratar extranjeros para cargos vacantes mientras chilenos —por poco preparados que sean— aspiren a ocuparlos.

El hecho de que se haya atribuido hasta el momento en el mundo desarrollado también, una importancia secundaria al factor cultural ha contribuido al fracaso de todos los esfuerzos que han realizado los pueblos avanzados por propiciar el desarrollo en diversos sectores del mundo. Han concedido becas, pero no han realizado esfuerzos para que

en los países de los becarios surjan instituciones, centros de investigación e incluso industrias en que pudiesen trabajar fructíferamente todos los científicos y técnicos que han formado. Debido a lo anterior, sólo un reducido porcentaje de ellos se ha radicado en sus países de origen. Por ende, la fuga de cerebros ha constituido un galope, a veces, desbocado.

Por otra parte, la posición adoptada —un tanto a medias— por los países industrializados capitalistas y la adoptada por los marxistas choca destructivamente en los países retrasados. Puesto que mientras la primera propicia un desarrollismo científico y tecnológico gradual, aunque sin claridad de criterio, la otra propicia el cambio radical de todas las estructuras, precedido éste por la toma total del poder. Por supuesto que en esa toma total se incluye el dominio de los centros de altos estudios a cualquier costo, y no sólo de las industrias. Para los marxistas el desarrollo vendría después, como consecuencia de la justa sociedad que instaurarían.

Y la verdad es que los propios países industrializados de economía de mercado libre tienden a sospechar que las estructuras en los países subdesarrollados son injustas y defectuosas, y, por eso, a imponer de pronto como condición de ayuda, que se verifiquen, por ejemplo, reformas agrarias —Alianza para el Progreso— sin que se exija que junto a la implantación de esas reformas se lleven a cabo planes de racionalización de la agricultura. Sin meditar que si dan luz verde a las expropiaciones de bienes nacionales, la dan, oblicuamente, a la expropiación de sus propias inversiones. Ya que cuando lo predecible ocurre, ponen el grito en el cielo, cierran las líneas de crédito y reducen al mínimo su ayuda de todo tipo.

Cuando se somete a análisis los esfuerzos realizados por las grandes potencias con el fin de estimular el desarrollo

en el llamado *tercer mundo*, sorprende lo inconsistentes que han sido. El poco esfuerzo realizado por ellas para comprender verdaderamente el problema.

Además, hay que contar como factor negativo el *romanticismo* cultural de muchos de los estudiosos norteamericanos y europeos especializados, por ejemplo, en la América Latina. Tienden a enamorarse de nuestras costumbres, de nuestra manera de ser. Ven con agrado que sobreviva entre nosotros el *orden familiar*, desvanecido en sus países densamente poblados. Les gusta nuestro ruralismo con su *folklore* distintivo, con su cultura de *poncho* o de *chamanto*. Nuestra hospitalidad y nuestra naturaleza extrovertida. Por ende, se convencen de que nuestras culturas son, en muchos sentidos, superiores a la de sus pueblos. Que mejor sería dejarlas seguir su camino. De modo que no intentan ver claramente ni menos entender a fondo los dilemas que afrontamos. No perciben bien cómo nuestras culturas rurales se desvanecen. Que la gente emigra a las ciudades donde pierde todo vestigio de cultura al comenzar a vivir allí en *callampas*, o *Villas Miseria*... verdaderos basurales, más sórdidos que los villorios del más primitivo neolítico. Que estos reductos forman cordones en torno a las crecientes ciudades de Nuestra América, rodeándolas de una nueva barbarie. Pues parecen sitiadas por hordas de desamparados como estuvo sitiada Roma cuando caía su imperio.

Hay que cambiar de ruta, aunque se pierda bastante que hubiere valido la pena retener, cuando la que se sigue amenaza conducir a un empeoramiento constante de la situación existente. Al fin y al cabo, la explosión demográfica de Nuestra América es dos veces mayor que la que afectara a Inglaterra durante la Revolución Industrial, causándole inmensos problemas sociales. En efecto, ellos condujeron al surgimiento de las horrosas ciudades industriales de los *Midlands* llamadas por el poeta William Blake *oscuras usinas satánicas* (dark, satanic, mills).

Pero en Inglaterra el índice de crecimiento fue muy alto, mientras que entre nosotros es, en general, bajísimo.

Fueron justamente los problemas sociales que surgieron en Inglaterra durante la Revolución Industrial, la inícuca explotación a que se sometió al pueblo trabajador durante su desenvolvimiento, los que indujeron —como anotamos antes— a Karl Marx a plantear su doctrina económica y a sugerir un nuevo sistema social.

No es del caso aquí discutir en detalle las alternativas de la lucha proletaria que permitieron, con el tiempo, al trabajador en las sociedades industrializadas, adquirir armas de defensa, e incluso poderío. Nos referimos, por cierto, al crecimiento del movimiento sindical. Ni es posible analizar en este breve ensayo, hasta qué extremo las sociedades capitalistas han evolucionado, perdiendo muchas de sus características negativas —no todas por supuesto— sin que se hayan cambiado en ellas radicalmente las estructuras democráticas. Pero sí debemos discutir en mayor detalle nuestra contención respecto a que los cambios estructurales no bastarían para estimular el desarrollo.

En los estudios de Marx, Engels y de todos sus discípulos se analizan las consecuencias sociales de las Revoluciones Industriales Europeas, pero en ninguno se discute algo fundamental. ¿Qué las causó? ¿Qué fue lo que provocó el sorprendente florecimiento de la inventiva humana, primero en Inglaterra y luego en varios otros países del viejo mundo? Puesto que antes de ponerle remedio a una situación tendría que existir esa situación. Para buscarle solución a las *consecuencias* de ella ciertas causas tendrían que provocarlas.

No es lo mismo remediar las consecuencias sociales de un proceso que cambia los sistemas de trabajo al abrir la posibilidad de fabricar cantidades de bienes de trabajo y de consumo *enriquecedores* del medio humano, que remediar los

efectos de la inventiva y del enriquecimiento en otras: o sea, en partes donde hay pasividad inventiva, y por ende, pobreza y *explotabilidad*. En las últimas no se descubre la penicilina, pero, importada, salva vidas y provoca una explosión demográfica en un medio incapaz de incrementar sus entradas, de crear nuevas fuentes de trabajo para lidiar con el aumento de población. En ellas, entonces, parecería más importante estimular la inventiva, el sentido de organización, el empuje constructivo que simplemente cambiar las estructuras.

Hay quienes arguyen que el caso de Rusia demuestra que basta darle a un país una estructura socialista para que en pocos decenios se desarrolle cabalmente. Pero la verdad es que en Rusia las precondiciones para el logro de un avance espectacular estaban dadas antes de la Revolución de Octubre. La ciencia y la tecnología rusas habían alcanzado un notable desarrollo antes de la Primera Guerra Mundial. Antes de 1917 Mendeleyéf había abierto el paso a la química moderna, estructurando la tabla periódica de los elementos. Antes de ese año también, Pavlov había iniciado el estudio de la sicología experimental y descubierto los *reflejos condicionados*, y Lombachevsky había abierto nuevos cauces para las geometrías. Por cierto que hemos mencionado solamente a unos cuantos entre muchos.

Dadas estas circunstancias, lo más probable es que Rusia —ya una potencia mundial en 1915, aunque una potencia corrupta— habría alcanzado el grado de desarrollo que hoy ostenta mucho antes, de haber triunfado la corriente democrática en ese país. Lo cierto es que la situación actual de los soviéticos deja bastante que desear. La producción de bienes de consumo es baja, de variable calidad, y la producción agrícola es insegura e insuficiente.

No hay duda que la primordial causa de todo florecimiento de la inventiva acaecido en occidente en la época moderna, ha sido la debida asimilación y *aplicación* de la

teoría racional del conocimiento. Hacemos énfasis en la *aplicación* porque ha existido racionalismo antes —en Grecia, por ejemplo— sin que sucediera nada semejante a una Revolución Industrial. El sabio griego experimentaba con desgano. Con frecuencia encargaba los experimentos a siervos que no tenían la debida capacidad de observación e interpretación. La novedad del renacimiento racionalista que comienza su culminación en el siglo XVIII, es que atribuye importancia no tan sólo a los métodos analíticos e inductivos, sino también al experimental. Entonces principió a fascinar a los científicos el *modelo* tangible. Esto fue lo que condujo a la invención de cantidades de *esclavos mecánicos*.

Para recalcar la importancia del trabajo directo del pensador creativo en los estudios científicos recordaremos que no fue un siervo de Arquímedes sino el propio Arquímedes quien, accidentalmente, y gracias a una experiencia propia, descubrió que cuando un cuerpo se sumerge totalmente en un líquido, desplaza una cantidad de líquido igual a su volumen.

Análogamente, no es igual pensar uno a que se piense por uno. Nada ha tenido un efecto más negativo sobre nuestro desarrollo que la actitud que aún predomina entre tantos de nuestros universitarios y gobernantes, en el sentido que no es necesario hacer ciencia aquí, ni filosofía ni arte, puesto que se hace muy bien en otras partes de donde se puede importar, o donde se puede comprar (8).

Desgraciadamente, el proceso racional a que aludimos no tomó raíz con igual fuerza, durante el siglo XVIII, en todos los países del continente europeo, puesto que España,

---

(8) Una discusión detallada y franca de la actitud de rectores y políticos respecto a la necesidad de investigación científica y de pensamiento original, en relación al desarrollo nacional, se encontrará en el ensayo de Igor Saavedra incluido en "Visión Crítica de Chile". Instituto de Estudios Generales, 1972. Pág. 223-240.

por ejemplo, se aisló de él al implantar la Contra Reforma. Hasta fines del siglo anterior en Inglaterra y España la actividad creadora alcanzó un nivel muy semejante: aquí un Shakespeare y allá un Cervantes, acá un Donne y allá un Góngora. En el siglo XVIII no surge en Inglaterra un artista equivalente a Shakespeare, pero aparecen cantidades de científicos y filósofos: Newton, Harvey, Locke, Hume, y otros. En España no surgen ni artistas ni filósofos, ni menos científicos.

Cuando se piensa en el fenómeno artístico en la época que analizamos, vemos que florece en la Europa protestante la prosa en general y la novela muy en particular. Lo que parece inevitable cuando se toma en cuenta que Wilhelm Dilthey sustenta que la novela fue el arte que más se benefició con el surgimiento del racionalismo, en cuanto el novelista puede aplicar provechosamente los métodos inductivo y analítico. Lo curioso es que España, país que produjo la primera gran novela —El Quijote— no dio novelistas equivalentes a Defoe, Richardson, Fielding y Goldsmith en el siglo que nos interesa (9).

Lógico que los efectos de lo acontecido en España se sintieron en Nuestra América. “Somos hijos de la Contra Reforma y del Reino Universal; ellos son los hijos de Lutero y de la Revolución Industrial”, observó recientemente el poeta mexicano Octavio Paz, al comentar el estado en que se encuentra Latinoamérica (10).

Habría sido benéfico que inmediatamente después de la Independencia nos hubiese embargado un espíritu de cam-

---

(9) Estudiamos este dilema detalladamente en nuestra “Antología Crítica de la Nueva Poesía Chilena”, Publicaciones del Consejo de Investigaciones Científicas de la Universidad de Concepción, 1957. Pág. 11-20.

(10) Observado en “A Literature of Foundations” de Octavio Paz. Traducción de Lysander Kemp. “Tri Quarterly”, Otoño-Invierno 1968-69.

bio y de renovación educacional semejante al que embargó al Japón en las primeras décadas del siglo XIX. Pero nuestros pueblos no son, como Inglaterra y Japón, pueblos isleños ubicados frente a continentes transmisores de ideas culturales. El Japón, como Inglaterra, sufrió olas de invasiones continentales a lo largo de su historia —principalmente de Corea y China. Se transformó, pues, como Inglaterra, también, en un pueblo *asimilador*. En un pueblo predispuesto a adaptarse a cada *mundo* que le presentara nuevos retos. Nosotros, por el contrario, hemos evadido los retos, y hemos rechazado a los innovadores. En consecuencia, los países de Nuestra América siguen dependientes del precio oscilante de sus materias primas, pues en más de ciento cincuenta años de vida independiente no han inventado o diseñado un artefacto mecánico... ni siquiera un alfiler de gancho.

## CAPITULO III

### *La Educación Superior en Nuestra América*

España, después de la Reconquista, emerge, por un tiempo, como un país liberal y tolerante. Los Reyes Católicos debieron consolidar su dominio en la península gradualmente, puesto que cuando tomaron posesión de la mayor parte de ella vivían ahí cantidades de moros y judíos, muchos de ellos poderosos aún. Por lo tanto, inicialmente, pudo leerse en el reino todo tipo de libros y discutirse toda clase de ideas.

Pero con el correr del tiempo las cosas cambiaron. Comenzaron las expulsiones de musulmanes y hebreos; se inició la censura y la restricción educacional. Pronto se prohibía el estudio en las universidades de toda filosofía salvo la tomista, y se limitaba el estudio de las ciencias a las aplicadas como la mineralogía y la botánica. Así, la educación en España se fue tornando verbalista, memorizante e inerte en las ideas.

Las cosas no mejoraron después de la muerte del hijo de Isabel y Fernando, puesto que a través de Juana la Loca,

casada con Felipe el Hermoso, heredaron el trono de los Reyes Católicos los Habsburgos, quienes, en su afán de transformarse en emperadores de un nuevo Sacro Imperio Romano terminaron eventualmente por aislar a España del resto de Europa, al oponer a la Reforma la Contra Reforma.

Mariano José de Larra, al comentar el destino de las letras españolas en su artículo "Literatura", se refiere a lo acaecido en el momento histórico a que aludimos, en estos términos: "...a esta sazón, y cuando nuestros ingenios no hacían ni podían hacer otra cosa que girar de continuo dentro del mismo estrecho círculo, antes de que se hubiese terminado de formar y fijar nuestra lengua, una causa (la Reforma), religiosa en su principio y política en su consecuencia, apareció en el mundo; y esa misma causa *que dio espíritu investigador* a otros pueblos, reprimida y perseguida en España, fijó el non plus ultra que había de volvernos estacionarios." (11).

Lógico que lo sucedido en España se proyectara en las colonias y que sus universidades sufrieran de la misma manera que las de la Madre Patria (12). Por cierto que ex-

---

(11) Véase "literatura" en "Artículos de Crítica Literaria y Artística" de Mariano José de Larra, Calpe. 1950.

(12) En relación a lo que aquí se discute recomendamos la lectura del Capítulo VII de "De la Conquista a la Independencia. Tres Siglos de la Historia Cultural Hispanoamericana" por Mariano Picón Salas, Fondo de Cultura Económica, México, 1944. Entre las muchas observaciones que contiene destacaremos las siguientes: "En un tratado de física preparado por el padre Elías del Carmen en 1784 para sus alumnos de la Academia de Córdoba, Argentina, se incluían materias de estudio como las siguientes: Si Dios es el caos en su vastedad, o si es la propia forma espacial de la materia... si los ángeles y los demonios, gracias a sus propiedades, pueden mover físicamente los cuerpos...". Esto como consecuencia de "Haber las autoridades españolas, al imponer la filosofía escolástica en las universidades intentado ignorar deliberadamente las nuevas ciencias experimentales y naturales, la "saggi de naturali esperienza" que ya concertaba la atención del resto de Europa."

cepcionalmente surgieron espíritus selectos en uno u otro rincón del nuevo mundo. Poetas o pensadores como, por ejemplo, Sor Juana Inés de la Cruz. Pero bien de tarde en tarde.

Nada de extraño, entonces, que cuando nos visitara Humboldt después de la Independencia, y especialmente en vista de los tempranos decretos educacionales a que aludimos más arriba, anotara, un tanto alarmado, que los únicos núcleos de estudio interesantes que había encontrado en Latinoamérica eran las escuelas de mineralogía y botánica. Ni puede ser causa de sorpresa tampoco, que las pocas veces que se trajo estudiosos a Chile en el pasado, ellos, en su mayoría, fueran naturalistas como Cladio Gay, Federico Johow y Rodolfo Philippi.

Eventualmente, otro evento, la expulsión de los jesuitas, iba a afectar muy negativamente la educación de Nuestra América. Por justificada que pueda haber sido esa expulsión, la hirió a fondo por cuanto ellos eran entonces los educadores del Nuevo Mundo Español. Después de su ida hubo que reclutar profesores al azar. Lo cierto es que se formó, a la larga, el hábito de improvisar profesores para la enseñanza superior. No nos hemos sobrepuesto a ese hábito primordialmente por nuestro *menosprecio* al hombre local, fenómeno que discutimos largamente en el capítulo anterior. Al fin y al cabo, si se piensa que nosotros *nunca daremos fuego en nada*, para qué preocuparse de la calidad del catedrático.

No fue suerte tampoco, que después de la independencia, al descartar a España, miráramos hacia Francia. Francia atravesaba, en ese momento, por el peor instante de su *romanticismo frenético*. Era la hora melosa de Lamartine, de Musset y Víctor Hugo, cuando la disciplina de las filosofías, que tanto tiempo había dado —y daría después— una maravillosa lucidez a toda formulación cultural francesa, se había desvanecido.

Nuestro acercamiento a Francia ocurre cuando surge allí lo que se ha dado en llamar *la universidad napoleónica*, o sea, la universidad práctica, compuesta por una serie de escuelas profesionales. Y cuando prima, además, el criterio enciclopedista. Por ende, nuestros centros de altos estudios, después de la independencia, se convierten en conglomerados de escuelas profesionales, sin el debido respaldo de las ciencias puras o del humanismo pensante. Y nuestra educación secundaria se vuelve *datista*. Se enseñan en los liceos docenas de ramos, hecho que los conduce a transmitir *un océano de sabiduría de un milímetro de profundidad*:

Lo curioso es que Chile debió salvarse de esto al invitar a Andrés Bello a organizar su educación superior. Pero Bello fue un gigante cíclope. A pesar de los años que pasó en Inglaterra, de la influencia que declaraba haber recibido de Mill y Bentham, se demostró, al llegar a Chile muy cauto y conservador. Aunque sostenía que no podía lograrse la emancipación política si no se lograba la emancipación intelectual, se mostró muy devoto a España. Por otra parte era más francés de su época que lo que se suele creer, aunque así lo delata patentemente su muy académica poesía.

El verdadero visionario de ese tiempo en Chile fue sin duda José Victorino Lastarria, para quien la época de la colonia había constituido una edad oscura. Para quien los puntos de vista de Bello resultaban *aguados*, insípidos. Desgraciadamente, y a pesar de los esfuerzos que hiciera para comunicar sus ideas, predicó en el desierto hasta el fin de su vida. Además, hoy, a lo más se le admira, pero no se le sigue.

La verdad es que al hombre se le enquistan maneras de pensar con suma facilidad; se le producen fijaciones mentales difíciles de desarraigar cada vez que las circunstancias no contribuyen a mantenerle la mente flexible. Más aún, puede *tomar nota*, informarse de algo y saberlo cierto, sin poseerlo como conocimiento que induzca a la acción. Esto

último tanto más cuanto el medio en que se ha formado le ha inhibido la imaginación y la creatividad al llenarle el cerebro —como si fuese bolsillo— de etiquetas, recetas y fórmulas.

Es evidente que se sabe desde hace mucho en toda Nuestra América que nuestros modelos iniciales fueron fallidos. Al fin y al cabo es obvio que si se reprime la curiosidad por medio de una educación —repetimos— verbalista, memorizante e inerte en las ideas, se esteriliza la inventiva y se deforma el poder de resolución.

Es por esto que anotábamos en un artículo nuestro aparecido en "El Mercurio" a mediados de marzo, que no saldríamos del subdesarrollo ni en cien años, al menos que cambiáramos de mentalidad. Sobre todo deben hacerlo nuestros políticos, o de otro modo no impulsarán con decisión las reformas que se requieren.

La mayoría de los movimientos reformistas que han remecido a las universidades latinoamericanas desde su independencia —incluso el movimiento de Córdoba, Argentina en 1918— han expresado disconformidad con las franquicias de las instituciones como medio de expresar descontento con la estructura social imperante. Pero hubo una interesante excepción en Perú en 1922. A ella se refiere el Dr. John Harrison en los siguientes términos: "La única reforma universitaria nacional propuesta con el fin de transformar a las universidades en instituciones funcionales respecto a las necesidades científicas y tecnológicas del siglo XX fue formulada en Perú en 1922. Iniciada por un arqueólogo y un educador, ambos diputados, esta reforma incorporaba virtualmente todas las transformaciones recomendadas por especialistas nacionales y extranjeros como necesarias al adecuamiento de las universidades a las necesidades de una economía en desarrollo: profesores de jornada completa, desarrollo de medios de investigación, incluyendo una biblioteca central, estructura por departamentos en vez de

a base de colegios profesionales, requisitos profesionales o disciplinarios específicos para las distintas categorías del profesorado; un programa básico de estudios humanísticos previo al ingreso a las profesiones o los programas de grado; estudios de postgraduado, servicios de extensión, y la creación de un cuerpo directivo, semejante a los consejos de regentes, destinados a aislar la docencia y la investigación en las universidades de los problemas presupuestarios y de las contingencias políticas. Esta ley fue aprobada en la Cámara de Diputados en febrero de 1922, pero fue derrotada en el Senado *como consecuencia de la masiva oposición a todos los aspectos de la ley ofrecida por la Universidad de San Marcos*". (13). En otras palabras, la mediocridad entronizada en el seno de la Universidad Mayor y el egoísmo de los profesionales, no dispuestos a perder *status*, echó por tierra un proyecto que el país necesitaba hacer realidad con urgencia.

Para completar el cuadro de los factores que han contribuido a esterilizar la creatividad en nuestras universidades, y a inclinarlas a resistir totalmente movimientos reformistas cualitativos semejantes al que rechazara en 1922 la Universidad Mayor de San Marcos, es menester discutir los procedimientos utilizados en ellas para nombrar las autoridades académicas. En la gran mayoría el Rector y los Decanos eran elegidos, hasta hace poco, por voto secreto de los miembros docentes del claustro pleno —en el caso del Rector— y de los integrantes de una Facultad —en el caso de los Decanos. Es obvio que en universidades desperdigadas por toda una ciudad —sin sede, sin *campus*— sólo los catedráticos de un mismo departamento se pueden llegar a conocer. Que, por lo tanto, no los más aptos, sino los mejor respaldados por organizaciones disciplinadas, ya políti-

---

(13) Véase "The University Versus National Development" de John P. Harrison Institute of Latin American Studies, University of Texas, 1969, Pág. 7.

cas, religiosas o neorreligiosas (logias), podían aspirar a ser ungidos Rectores. Lógico, además, que estas organizaciones extendieran sus maquinaciones a las Facultades e interviniesen en la elección de Decanos, puesto que ellos, al integrar el Consejo Superior, aseguraban, junto al Rector, el dominio total de una universidad.

Por cierto que eventualmente las universidades adquirieron el suficiente poder político para influir en las decisiones de los Congresos, tanto para *bloquear* reformas como la peruana, como para conseguir aumentos de presupuesto.

Con el correr del tiempo, entonces, en muchos países de Nuestra América las universidades incrementaron su influencia política hasta el punto de poder exigir aportes económicos muy considerables del Estado. Es decir, fondos les han sido entregados, una y otra vez en los últimos decenios sin condiciones previas que las obligaran a reformarse.

Pero concentremos el cuadro que hemos estado construyendo en un medio particular: la Universidad de Chile.

La Universidad de Chile se estructuró en torno al modelo *napoleónico*. Es decir, llegó a constituir un conglomerado de escuelas profesionales. Puesto que regía la idea del profesionalismo en la universidad, se le entregó hegemonía sobre la ciencia pura y el pensamiento humanístico a una profesión: la pedagógica. Ya que el objeto del pedagogo es lograr dominio sobre una disciplina del saber sólo en grado suficiente para impartir conocimientos elementales de ella a alumnos secundarios, al correr tal suerte, las ciencias y las humanidades, entre nosotros, no han conocido, como era de esperarse, debido desarrollo.

Más aún, al asignársele a los diversos departamentos del pedagógico la doble misión de enseñar a enseñar y de enseñar una disciplina en particular, se les obligó a exigir el estudio de un exceso de ramos. Esto a expensas de las horas requeridas por las disciplinas para su mediano apren-

dizaje. Por esto de muchos de ellos han tendido a egresar profesores *que saben enseñar ramos que apenas saben* (14).

En consecuencia, la enseñanza secundaria en Chile se ha rezagado en exceso, sufriendo reformas abruptas y mal asimiladas muy de cuando en cuando, mientras que se ha impartido en clase lecciones, por lo general, poco substanciales —ideas inertes.

Como era inevitable, la investigación científica, a pesar de la estructura imperante en las escuelas profesionales, fue alzando la cabeza en ellas, ya en institutos de ramos básicos o en laboratorios especializados. Muchas veces gracias a la política de becas de países extranjeros. Esto fue aconteciendo un tanto al azar y desperdigadamente, sin debida coordinación. No obstante lo cual, los nuevos investigadores, eventualmente, comenzaron a luchar por la creación de una Facultad de Ciencias, objetivo que lograron tras años de lucha y un tanto a medias (15).

---

(14) Los Institutos Pedagógicos o de Educación tienen su lugar en las universidades. Les corresponde perfeccionar las metodologías didácticas e investigar todo lo concerniente a la comunicación del conocimiento, pero no les corresponde dominar a los estudios humanísticos y científicos.

(15) Es necesario reconocer aquí la fructífera labor realizada en bien de los estudios científicos y de la investigación pura en la Universidad de Chile, por el Rector Juan Gómez Millas. El suscrito estuvo en desacuerdo con él, no porque impulsara esos estudios —lo que le parecía muy bien— sino porque abandonó en exceso los humanísticos y los artísticos. Pensaba como el filósofo Alfred North Whitehead, quien observa en su obra "Science in the Modern World" (Macmillan, Londres, 1950), lo siguiente: "Lo que se necesita es apreciar la infinidad de variedades de valores vívidos que logra un organismo en un ambiente adecuado... cuando se cree saberlo todo acerca del sol, la atmósfera, y la rotación de la tierra, puede que no nos hayamos percatado del fenomenal "brillo" del astro solar... necesitamos arte, una educación estética. Hay que desarrollar los hábitos de captación estética...".

Lo mismo puede decirse de los estudios humanísticos, en cuanto han surgido institutos de Historia, Literatura Comparada, Filosofía, etc., en los que se ha investigado con rigor al menos hasta el advenimiento del último movimiento reformista político del año 1968.

Entre tanto, y como no existía verdadero criterio universitario en el seno del Consejo Superior de la universidad, se siguió allí asignándole primordial importancia a las funciones administrativo-docentes —rectoría, decanatos, dirección de institutos— a expensas de la carrera docente pura y de la investigación. Es así que apenas tomó conciencia el Honorable Consejo Universitario de que afligía a Chile una inflación galopante concedió a los *directivos-docentes* un sueldo *digno de su status* —muy superior al de los simples profesores, por supuesto— y derecho a jubilación con perseguidora. ¡Nada de tomar en cuenta la función fundamental de la universidad o la importancia del profesor pensante!

Ocurre que los profesores profesionales eran —y en el fondo siguen siendo— enemigos de la creación de la carrera docente universitaria de jornada completa. A ellos les ha convenido siempre enseñar unas horas y ejercer una profesión fuera de la universidad. Sus entradas en sus consultas, estudios u oficinas han sido, por lo general, tan altas, que les han permitido despreciar los sueldos universitarios, ser magnánimos en el Consejo Superior y no exigir remuneraciones justas. Esto, por cierto, a expensas de los profesores de facultades con escasas entradas fuera de la universidad, como los pedagogos, los músicos y los artistas plásticos. Clara consecuencia de lo anterior es el hecho de que las Facultades de Filosofía y Educación, de Ciencias y Artes Musicales y de Bellas Artes de la Universidad de Chile, pobladas por profesores requeridos por unas horas y a sueldo de hambre, se transformaron, a la postre, en un verdadero caldo de cultivo del descontento social y del extremismo revolucionario. Especialmente cuando ya el método utili-

zado para elegir autoridades en la Universidad las había politizado.

Nada, pues, podía esperarse del movimiento reformista de 1968, salvo que fuese político y extremista y que transformara a la Universidad en un campo de experimentación revolucionario, preparatorio de la revolución propiamente tal, que estaba en el horizonte —y que ya, en efecto, se nos viene encima.

Llama la atención el método empleado por los extremistas para avasallar a quienes regían los destinos de la Universidad de Chile en el momento que estalló el complot de tomas y asambleas. Los marxistas no creen en las elecciones y sin embargo exigieron más elecciones, más votantes, como para ahogar en su propia salsa a los democráticos. Nunca fue la idea de los ideólogos democráticos que el criterio de elección de autoridades por voto universal se extendiera a todos los aspectos de la vida, incluso los más especializados. Ninguno ha sugerido, por ejemplo, que los cirujanos de un servicio debiesen elegirse —como en concurso para reina de *mechonas*— por sus compañeros de trabajo de cualquier nivel. Por los mozos del servicio, por las auxiliares y las enfermeras. Nadie se entregaría en manos de un jefe de servicio elegido así. La elección, en ese caso, es individual, justamente del *paciente*. Pero ya estaba viciado el proceso universitario por el sufragio, en cuanto él había politizado a la Universidad. Puesto que valoraban el agua, por qué no darles el océano entero en que ahogarse. ¡Que votaran por rector, por decano, por docentes, los mozos, las auxiliares, las secretarias, los contadores e, incluso, los alumnos de primer año, totalmente *en el aire* respecto a las finalidades y valores universitarios!

Por suerte los grupos humanos suelen ser más ilusos de lo que se cree, y menos astutos. Para que resultara su táctica era necesario que la mayoría de los nuevos electores votara por sus candidatos. Pensaron, quizá, que tendrían

mayoría entre los jóvenes idealistas a quienes podrían endoctrinar rápidamente, y, además, entre empleados y mozos. Al fin y al cabo, durante años habían dominado así ciertos institutos, como el Instituto de Teatro, donde votaban por las obras a montarse, por decirlo así, hasta las costureras, y a veces, incluso, por el elenco. Olvidaron que ellos habían *poblado* esos institutos. Mucho más difícil es poblar una universidad entera. Por cierto que, en el entretanto, han procedido a nombrar adeptos —con o sin méritos universitarios— por docenas en las facultades que dominan. No ha bastado. Sin embargo, por desgracia, han destruido a destajo.

Pero ahondemos algo en el problema general de nuestra universidad nacional. Ha impedido su desarrollo en lo referente a su función docente e investigadora, en desmedro del servicio que pudiese haber prestado al crecimiento nacional, su defectuoso sistema de selección de catedráticos: el hecho de que sólo recientemente comienza a implantarse en ella la carrera docente —aún la mayoría del profesorado es contratado por hora y no a jornada completa. La concesión de *propiedad en el cargo* al año de servicio, la inamovilidad funcionaria.

Lo absurdo de conceder propiedad en el cargo al año y luego la inamovilidad, lo demuestra el hecho de que ni al Honorable Consejo se le ocurrió extender el sistema al equipo de fútbol del establecimiento. Imaginémosnos que lo hubiera hecho. Tendríamos ahora *goalkeeper* de sesenta años, y un número vergonzoso de derrotas que lamentar. Es que el fútbol da la cara al público, a quien no se le puede engañar. ¡Qué importa que se entronice un mal investigador, cuando nadie percibe su inepticia al instante! Además, somos un *país de indios* incapaz de verificarla como se debe.

Ya que el chileno no da fuego en el manejo de ideas y carece de inventiva —según los *menospreciadores*, mayo-

ría entre nosotros— que la universidad sirva al menos para absorber la cesantía. Que se concedan cientos de horas de clases universitarias a los que las desean, especialmente si militan en un partido político apropiado. El resultado de esto es que la Universidad de Chile tiene ahora un docente por cada cuatro alumnos. Más que la Universidad de Oxford, donde se aplica el sistema tutorial considerado el más caro del mundo.

Así llegamos nuevamente a otro de los factores que ha obstaculizado su desarrollo: la elección de autoridades. Decíamos que su politización es consecuencia directa del sistema. Todos sabemos que se empleó en la Edad Media, cuando el alumno iba a la Universidad con otras finalidades que ahora. En los tiempos modernos fue descartado, incluso, por las universidades más antiguas.

Sería largo entrar a discutir cada una de las razones que indujo a Universidades tan venerables como la de Bologna, Oxford, Cambridge, La Sorbonne, St. Andrews, Glasgow, y otras, a juzgarlo obsoleto e impráctico. Debiese bastarnos a nosotros que así haya sido. Más aún, las experiencias que han vivido desde la independencia las universidades latino-americanas dejan en claro sus fallas.

El último factor de importancia que vale la pena revisar lo constituye su estructura *napoleónica*. O sea el hecho de ser un conglomerado de escuelas profesionales sin debido respaldo de las disciplinas puras, ya científicas o humanísticas.

Se pensaría que al colocar tanto énfasis en la preparación de profesionales eficientes, habrían servido en forma ejemplar para impulsar el desarrollo minero, industrial y en general tecnológico de nuestro país. Pero lo que dinamiza a las profesiones es justamente la investigación. Donde no existe, su ritmo de adecuamiento tiende a ser excesivamente lento.

Consecuencia de su inerte condición es el hecho de que hasta hace relativamente pocos años se enseñaba en ella sólo ingeniería civil, cuando se han necesitado, por ejemplo, ingenieros mecánicos en el país desde comienzos de siglo. Hoy ofrece esa carrera, pero todavía está en ciernes.

Se han necesitado siempre ingenieros mecánicos en Chile porque somos un país minero y las *plantas* o *usinas* en que se procesan los minerales incluyen inmensos y complejísimos mecanismos. Pues, hasta días muy recientes, los minerales chilenos tenían que reclutar ingenieros navales retirados —lo más cerca de un ingeniero mecánico que había en Chile— cuando no podían atraer a ingenieros mecánicos extranjeros.

Nada nos habla con mayor elocuencia de la forma en que le han fallado al país sus universidades e institutos tecnológicos que aquello que no se hayan podido reemplazar con chilenos los técnicos extranjeros que abandonaron el país cuando se nacionalizaron las minas de cobre. Se hablaba de nacionalizarlas mucho antes de que se hiciera. Más aún, cuando se nacionalizaron ya estaban *chilenizadas*. Se pensaría que nuestros centros de estudios profesionales y tecnológicos habrían tomado conciencia de lo que estaba ocurriendo y adoptado las medidas pertinentes. Por desgracia, como le consta a todo el país hoy día, no fue así.

De este modo llegamos al problema específico de nuestros institutos tecnológicos y de nuestras escuelas industriales.

Nuestra América, está en estos instantes en una situación semejante a la que se hallaba Europa a mediados del siglo pasado, cuando comenzaba a tomar ímpetu allí la industrialización en gran escala. Cada vez que se insinúa que debiésemos considerar seriamente los métodos empleados entonces en el viejo mundo para resolver problemas semejantes a los que hoy afrontamos, la reacción es la misma: Este es otro siglo, las cosas no se pueden hacer hoy como se

hicieron ayer... en fin. Algunas cosas no se pueden hacer como antes, por cierto, pero otras sí. A veces hay que volver atrás. Si uno descubre, a pocos metros de una estación ferroviaria de donde saldrá nuestro tren en cinco minutos, que se le ha quedado la cartera con todos los documentos en casa, hay que regresar a ella aunque uno pierda el tren. Se tendrá que tomar otro, más tardé, pero no hay remedio.

A comienzos del siglo pasado las universidades europeas no estaban organizadas para resolver los problemas de la industrialización. Enseñaban latín y griego, filosofía, teología y ciencias naturales. Para la creación de centros de estudios tecnológicos faltaban profesionales aptos y obreros especializados. La industria los absorbía con avidez. Lo mismo sucede con nosotros, los buenos técnicos, los obreros especializados trabajan en las industrias que pagan mejor que los centros educacionales. Por ende, nuestros politécnicos y escuelas industriales reclutan con mucha dificultad personal docente idóneo. Además, están, en general, mal equipados.

Este problema se resolvió en Europa en el momento equivalente al nuestro, empleando el sistema de *aprendices* en las industrias. Los jóvenes trabajaban en las grandes maestranzas y talleres durante el día y estudiaban ramos teóricos pertinentes en escuelas nocturnas anexas. Los más destacados se transformaban en ingenieros, dando exámenes ante comisiones de los colegios profesionales, los otros salían de técnicos. A la postre, las escuelas nocturnas se transformaron en universidades y politécnicos. Pero entre tanto, los jóvenes pudieron trabajar con los mejores equipos, guiados por buenos técnicos y excelentes obreros especializados.

Por cierto que en Chile podrían utilizarse las maestranzas de las salitreras, de las minas de cobre, de los Ferrocarriles del Estado, de las industrias independientes de mayor calibre para iniciar un programa semejante; uno muy superior al que propone la Escuela Nacional Unificada —controlado no por los colegios, sino por las universidades.

Nos hemos extendido bastante en la discusión de la enseñanza superior porque, como hemos insistido más de una vez, la consideramos clave en relación a nuestro eventual desarrollo cabal.

Pensemos finalmente, en otro efecto, más universal, de lo que hemos discutido hasta ahora. El hecho de que las humanidades y las ciencias puras estuviesen por tanto tiempo entregadas a los pedagogos ha sido la causa de que hasta hace poco se considerara a la abogacía la carrera humanística por excelencia. Incluso a esa carrera estuvo entregada por largo tiempo el estudio de la economía. En consecuencia, nuestros países han sido, en general, gobernados por abogados que tienden a dirigir dictando innumerables leyes y *codificando*. Naturalmente que ha habido confusión entre *organización* y *codificación*. La tendencia a crear estructuras en el aire, sin tomar en cuenta el elemento humano. Surge la idea de crear una organización con una función técnica delicada. Se procede a estudiar la estructura que se le va a dar, se dibujan organigramas, se preparan reglamentos, sin atribuir mayor importancia a la gente de que se dispone, sin considerar si ella es realmente idónea respecto a la tarea que se le asignará, o si podrá operar eficientemente dentro del marco que se ha de crear.

Por cierto que no podría decirse que la universidad napoleónica nos ha fallado del todo. Nuestras universidades han producido buenos profesionales, aunque no una gama de ellos que abarque a todas nuestras necesidades. Pero lo fundamental es que, sin el respaldo de centro de investigación debidamente coordinados, no han surgido entre ellos, más allá de buenos *aplicadores* de conocimientos dados, creadores inventivos, gente con una alta capacidad de resolución pragmática.

Este último hecho es también responsable, en parte, del extremo hasta el cual ha cundido el *automenosprecio* de tan lamentables consecuencias a la efectividad de nuestros esfuerzos en pro del desarrollo.

En síntesis, diremos que no hemos atribuido tanta importancia a la condición en que se debaten los altos estudios en lo que se refiere a nuestro indebido desarrollo, por *herejía personal*. En efecto, no es posible individualizar país subdesarrollado alguno en que estos estudios no se descuiden, en que no se pague mal al catedrático, o se contrate a improvisados por *hora*. En todos, además, estas fallas reflejan un cierto grado de menosprecio. Casi una voluntad de permanecer explotables, mientras el individuo, a la vez, se transforma en explotador de su propio medio, o en *aprovechador*.

De lo anterior no se salva ni siquiera España, país en que han fracasado todas las reformas prometedoras. No olvidemos la implantada por el maestro Giner de los Ríos a fines del siglo pasado. Ella permitió el florecimiento que dio a la Madre Patria la generación de Unamuno, Ortega y Gasset y Ramón y Cajal. Generación diseminada por la Guerra Civil.

Hoy día el catedrático más mal pagado y menos instigado a investigar en Europa es sin duda el español. Lo cierto es que el bienestar económico de la España actual es superficial. Basado en el turismo y el arrendamiento de bases militares a potencias foráneas. Análogo, en verdad, al de México y Venezuela (16).

No puede desestimarse la importancia de la persecución del conocimiento si se toma en cuenta que ha estado creciendo en progresión geométrica durante los últimos 10.000 años. Pero veamos el fenómeno desde más cerca. Antes del 1500 se imprimían en Europa menos de 1.000 obras originales al año. En 1950 se imprimían 120.000 títulos originales en el mismo período. Ahora se imprimen

---

(16) Quizá hayamos exagerado un tanto en cuanto al retraso industrial de España. España está hoy día más industrializada que la Argentina. Sus astilleros y su industria automotriz han adquirido, en los últimos años, un auge respetable.

1.000 al día, o sea, 365.000 anualmente. Antes de Gutenberg se conocían 11 elementos químicos, el arsénico, el 11º, se descubrió en su tiempo. De haber seguido igual el ritmo de aislamiento, hoy se conocerían 14 a lo más, pero ya antes de 1950 se conocían setenta. En este momento se conocen alrededor de cien. ¿Qué elemento se ha aislado en Latinoamérica?

Pues bien, si se toma en cuenta la aceleración fabulosa que le ha imprimido a la expansión del saber el invento del computador, se perciben inmediatamente las nefastas consecuencias de mantenerse fuera del proceso, sin participar en una búsqueda que libera al conceder *poder* de resolución, y, por ende, un cierto control sobre el destino propio.

Es tal la significación del factor que hemos intentado destacar en esta sección de nuestro ensayo que despreciarlo implica ir hacia atrás, y por muchos esfuerzos que se hagan constantemente para parchar aquí o remendar acá. En los últimos treinta años los países desarrollados se han enriquecido a tal ritmo que la distancia que separaba a sus riquezas de la *pobreza* de los pueblos rezagados, prácticamente se ha duplicado.

## CAPITULO IV

### *Sobre el Futuro en General y el Nuestro en Particular*

En 1970 apareció un libro de Alvin Toffler intitulado "Future Shock" (El Shock del Futuro). Causó tal impresión que en 1971 fue reimpreso en muchos miles de ejemplares. El notable científico y escritor inglés G. P. Snow, al comentarlo, observó: "Extraordinario... nadie debe tener la desfachatez de pontificar acerca de los problemas del presente antes de leerlo".

Su autor nos dice, en la página 402 de la última edición, lo siguiente: "En los sistemas tecnológicos de mañana —rápidos, fluidos, y autorregulados— las máquinas se encargarán del flujo de materiales físicos; los hombres del flujo de información y de las concepciones. Los trabajos rutinarios los efectuarán *aparatos*, los hombres realizarán el trabajo intelectual y creativo. Tanto los hombres como las máquinas, en vez de estar concentrados en gigantescas usinas y ciudades industriales, se hallarán esparcidos por todo el planeta, ligados por un sistema de comunicación extraor-

dinariamente sensible y prácticamente instantáneo. El trabajo humano no se efectuará más en las fábricas y en las oficinas masivas, sino en los hogares y comunidades.

Las máquinas estarán sincronizadas, como ya lo están muchas, hasta la billonésima parte de un segundo. Los hombres vivirán desincronizados. Desaparecerá el pito de la fábrica. Aun el reloj, "la máquina clave de la era industrial", como dijera Lewis Mumford a la generación anterior a la actual, perderá algo de su poder sobre los asuntos humanos, aunque no sobre los meramente tecnológicos. Simultáneamente las organizaciones requeridas para controlar la tecnología pasarán de manos de burócratas a manos de los que llamaremos *ad hócratas*, al enfatizar lo transitorio en vez de lo permanente, al interesar más el futuro que el presente.

En tal mundo los atributos más valorados de la era industrial pasarán a ser lastre. La tecnología del futuro no requerirá de millones de hombres semiletrados, prestos a trabajar al unísono en labores invariables, monótonas; de hombres que aceptan órdenes sin pestañar, conscientes de que el precio del pan los obliga a someterse mecánicamente a una autoridad, sino de hombres capaces de enjuiciar críticamente, capaces de manejarse con soltura en ambientes nuevos para ellos; capaces de captar rápidamente las nuevas relaciones que se producen en una realidad cambiante. Requerirá de hombres "que lleven el futuro en sus huesos".

Continúa: "Para la educación el mensaje es claro. Su objetivo primordial deberá ser incrementar *la capacidad de lidiar* del individuo (his cope-ability)". (17).

Y lo cierto es que ya se necesita entre nosotros, como se sustentara en "The Lonely Crowd", individuos *futuro-dirigidos* y no *pasado-dirigidos*, individuos *interno-dirigidos* y no *otro-dirigidos*. El marxista no es un ser *futuro-dirigido*,

---

(17) "Future Shock", Alvin Toffler, Bantan Books, New York, 1970. Pág. 16.

sino lo contrario. Lo que persigue para el futuro lo extrae de planteamientos hechos en el pasado y que proyecta hacia el futuro, no en base a una creciente realidad —la evidente explosión de inventiva tecnológica— sino dando rienda suelta a la función mítica de la mente en lo referente al sueño ancestral de la Arcadia.

Pero, ¿hasta qué punto se puede ser realista y *futuro-dirigido* a la vez en países en vías de desarrollo? Es obvio que no podemos lanzarnos hacia el futuro desde una *plataforma* inadecuada. Hay que preparar el terreno. Habrá que regresar en busca de la cartera y volver a la estación en el vehículo más rápido de que se pueda disponer. Habrá que proceder a construir la pista de decolaje con visión y flexibilidad de criterio. Y no sólo para las contingencias del momento, sino considerando las que se nos presentarán en el futuro.

Quién ha de negar que el estado en que se encuentra el mundo indica que tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados los gobernantes y planificadores han carecido, hasta ahora, de *cope-ability* (capacidad para lidiar con los problemas emergentes y resolverlos). Pero es también obvio que los planificadores y gobernantes de los países subdesarrollados han carecido de esa habilidad en más alto grado.

El tipo de habilidad lidiadora que requieren nuestros políticos involucra, entonces, capacidad de realización acuciosa e inmediata y visión respecto a las exigencias del devenir. Por lo tanto, no deben codificar rígidamente, o crear estructuras sin flexibilidad, sino estructuras que puedan crecer orgánicamente. Deben también velar por la preparación del *caldo de cultivo* de donde emergerán los hombres que serán requeridos para la próxima etapa.

Su *futuro-dirigidismo* deberá permitirles adquirir una comprensión cabal de las tendencias de crecimiento y transformación del mundo actual. Y lo cierto es que existen ya

muchos indicios respecto a lo que llegará a ser este planeta más adelante.

Puede que no nos agrade lo que parece venírse nos encima. Que consideremos tan poco deseable lo que nos espera en el porvenir como lo considera Ortega y Gasset en su "La Rebelión de las Masas", o Vladimir Weidlé en su "Destino Actual de las Artes y las Letras", o Karl Jaspers en su "Hombre en la Edad Moderna", donde sostiene el último, lo siguiente: "Cultura significa hoy algo que jamás adquiere forma. Surge con inusitada velocidad de un vacío al cual retorna con sorprendente celeridad. El proceso de valoración es típico. Los hombres se sacian pronto con lo que tienen a su alcance y por eso viven ansiando novedades, ya que nada más les llama la atención. Se aclama a cada novedad como si fuese la verdad última que el hombre ha estado buscando a través de los tiempos, pero, momentos después, se las lleva el viento, puesto que todo lo que se desea es sensaciones". (18).

Al fin y al cabo la gran mayoría de nosotros no está en la *onda* de aquel personaje de Albee, en su obra "The Zoo Story", que cuando le preguntan ¿qué es usted?, responde: "Un simple transeúnte". Vamos hacia un futuro en constante estado de metamorfosis. El cambio y no la estabilidad es lo que nos confronta. Poco o nada sacamos con tratar de alterar las circunstancias, ya que si fuésemos hacia atrás o frenáramos la acelerada marcha del acontecer tecnológico, provocaríamos una catástrofe colosal, en vista de la explosión demográfica que aflige a la mayor parte de los países del orbe.

Puede que todas las predicciones de los futuristas fallen, que la falta de *cope-ability* de los estadistas más poderosos del mundo nos precipite a una guerra nuclear que

---

(18) "Man in the Modern Age", Karl Jaspers, Edición citada, página 126.

nos haga retroceder miles de años. Pero ni el más recalcitrante enemigo del actual estado de cosas podría desear tal solución.

Sean cual fueren los hechos futuros, estamos en mejores condiciones que Karl Marx en cuanto a la posibilidad de predecir lo que se nos podría venir encima. Pues cuando Karl Marx vivió, el barco no mostraba aún su velamen sobre el horizonte. La Revolución que presenció fue apenas una etapa inicial de un proceso que sigue adelante. El no conoció la radio primitiva, menos los transistores, los computadores, los aviones a chorro, el laser, la energía nuclear... para qué seguir —a pesar de lo cual, como insinuamos arriba, sólo consideramos las predicciones de Toffler, indicaciones respecto a un futuro *potencial*, el factor hombre puede desbaratar las posibilidades.

Hoy, por el contrario, no sólo hemos llegado a la Luna —lo que abre un sinnúmero de posibilidades predecibles— sino, además, se han realizado trabajos muy decidores. Por ejemplo, la decontaminación de Londres. Ella no sólo ha logrado liberar a esa ciudad del *smog*; también ha permitido el retorno del salmón a las aguas del Támesis. Lógico, entonces, que se pueda afirmar que es posible decontaminar la atmósfera, las aguas de los ríos y los océanos, y vastas extensiones de tierra, apenas se decida hacerlo (esto último es lo difícil).

Marx no llegó a comprobar que los trabajadores, a través de sus sindicatos, construirían un poder formidable dentro de muchas sociedades burguesas. Que iba a ser posible aumentar la producción hasta el extremo de que se necesitaría de una masa compradora inmensa, o de una población con un alto standard de vida, para consumirla. Que la automatización exigiría con el tiempo a los pueblos que triplicasen en pocos decenios su producción para evitar el desempleo masivo. Cosa, por lo demás, que tendrá que obligar, a la postre, a los países desarrollados a impulsar

con mayor decisión el crecimiento de los subdesarrollados, ya que sus mercados internos no les bastarán. Recordemos que los países desarrollados se venden mucho más entre sí que a los países subdesarrollados.

Finalmente se nos podría acusar de inconsistencia debido a la importancia que atribuimos a las conquistas logradas por revoluciones muy anteriores a la rusa. O sea, a la libertad de expresión, la igualdad ante la ley, la libertad de pensamiento y movimiento, etc. Pero resulta que abolir esos derechos es ir para atrás, ya que el hombre vivió oprimido sin ellas por miles de años antes de que se enunciaran e implantaran. Por lo demás, ellas no anquilosan las estructuras ni se oponen a ningún desarrollo futuro.

Pero ya es hora de ir al grano en lo referente a los planteamientos pertinentes a nuestro desarrollo. Decíamos inicialmente que los gobernantes que se requieren en estos momentos en los países subdesarrollados deben tener muy en cuenta el futuro mientras levantan, en el presente, la plataforma de lanzamiento hacia él.

Una de sus principales preocupaciones, en lo referente al futuro, debe ser la preparación de una fecunda *atmósfera* intelectual en las universidades. Es de urgente necesidad efectuar una reforma *cualitativa* en ellas (19). Sin embargo, puede que sea ya imposible salvarlas. Han adquirido demasiada fuerza política. Quienes las dominan pesan excesivamente en el ambiente público. Puede que sea, necesario, entonces, crear otras instituciones de altos estudios, regidas por estatutos análogos a los propuestos por la reforma peruana de 1922.

---

(19) Gunnar Myrdal, en su obra "Economic Theory and Underdeveloped Regions", Methuen, Londres, 1965, página 87, observa respecto a los países subdesarrollados, lo siguiente: "No han heredado las tradiciones de racionalismo y el respeto a las leyes que fueron tan importantes en la historia inicial de los países hoy desarrollados". Es a través de los altos estudios universitarios que se asimilan las "tradiciones racionales".

Correspondientes, en cierto grado, a los *Politechniques* y *les Grandes Ecoles* franceses. O sea, equivalentes en cuanto a *status*, pero no necesariamente en cuanto a sus fines específicos y estructuras.

Las monstruosas fallas de las universidades chilenas han quedado a la vista en los últimos años, no tan sólo por la forma en que han resultado incapaces de proveer los tecnólogos requeridos por el país, sino, además, por el modo en que se han extendido por el territorio nacional a través de sus diversos colegios regionales. La mayoría de ellos imparte enseñanza a un nivel bajísimo. Sus bibliotecas y laboratorios son pobres. Pocos de sus docentes tienen categoría universitaria. Y, por sobre todo, su politización es extrema.

Cuando se habla de la necesidad de reformar los institutos de altos estudios no falta quien sostenga que primero hay que vencer el analfabetismo. Que más importa elevar el nivel de la educación primaria y media que la superior. Y hacerlas, desde luego, extensivas a todo el pueblo.

Es el eterno dilema de si viene primero el huevo o la gallina. Parecería que viene primero la gallina universitaria, porque suele poner *buevos de oro*. Hoy en día rara vez se recuerda que la Revolución Industrial acaeció en Europa cuando prácticamente el 80% de la gente allí era analfabeta. Lo que no impidió el surgimiento de inventores y diseñadores de la talla de Watt, Fulton, Stevenson, y luego, en Norteamérica, de la talla de Edison.

Lógico que convendría, además, estudiar la mejor forma de aprovechar las maestranzas de las industrias extractivas, de las industrias textiles, etc., para la preparación de técnicos y obreros especializados.

Por cierto que al anotar todo esto, no estamos ni siquiera propiciando el relativo abandono de la educación primaria y secundaria. Lo que sugerimos involucra la coloca-

ción de un mayor énfasis en la reforma de las instituciones superiores —ellas pronto se encargarían de ver que mejorara la educación en las instituciones de las cuales se nutren. Por otra parte, estamos convencidos de que no se necesitarían recursos económicos muy elevados para llevar a cabo los cambios deseables, por cuanto, al implantarse, habría que *racionalizar* las organizaciones existentes, hoy sobrepobladas de docentes y de personal administrativo.

Prueba patente del negativo efecto que ha ejercido sobre nuestros hábitos de estudio y de investigación el sistema vigente en Chile en las instituciones de altos estudios, son las monstruosas fallas de que han padecido nuestros más ambiciosos programas de desarrollo.

No se necesita ser técnico en economía para darse cuenta que el proceso de industrialización iniciado en Chile en la década del treinta adoleció de defectos fundamentales. El más elemental sentido común nos basta para comprobarlo.

Se concibió la idea de propiciar la industrialización, y por lo tanto el desarrollo de las fuentes de energías indispensables a ese fin, a través de organismos como la CORFO y ENDESA. Hasta ahí todo muy bien.

La finalidad de tal industrialización fue, claro, evitar las importaciones de ciertos productos manufacturados con el fin de ahorrar divisas en favor de una industrialización eventual mayor y *con otras miras*. Pero para que tal propósito fructificara era necesario que no se abandonara a la agricultura. De otro modo tendría que pasar lo que en efecto pasó. O sea, eventualmente las divisas ahorradas por concepto de bienes de consumo no importados comenzarían a gastarse en la importación de alimentos.

La construcción de una siderúrgica como Huachipato, la electrificación del país, el desarrollo de las vías de comunicación indispensables, etc., tenían que financiarse con re-

cursos mayores a los disponibles. En efecto, TODOS tendríamos que cancelar parte de su costo indirectamente —directamente, esa parte se obtendría a través de préstamos internacionales que había que servir— o sea, a través de la inflación. El valor de nuestro dinero descendería constantemente y, por ende, subirían los precios de los servicios, de los artículos de consumo y de los alimentos.

Para aminorar el impacto de estos fenómenos en las clases populares, ya pobrísimas, se procedió a fijar precios bajos a los productos del agro y, por ejemplo, a servicios como la locomoción colectiva. Como consecuencia de estas medidas se condenó a una muerte lenta a la ganadería y la lechería en particular y a la agricultura en general. Además, la locomoción colectiva pronto comenzó a tornarse insuficiente y destartalada.

En poco tiempo lo que se ahorraba en divisas por concepto de productos elaborados en el país comenzó a invertirse en la importación de trigo, carne, leche, etc.

Todo esto debió preverse de antemano. Sólo se puede llegar a la conclusión que nuestros expertos, por fallas en su formación, por falta de hábitos de investigación rigurosos, planificaron a medias, *medio pensaron las cosas* y no estudiaron experiencias ajenas pertinentes.

Se podría haber subvencionado a la agricultura en *moneda nacional*, para que pudiese vender a los precios deseados, sin involucrar consumo alguno de divisas. Y lo mismo se podría haber hecho con la locomoción colectiva.

Indudablemente que de haberse estimulado la agricultura, incluso para que siguiese incrementando su producción a ritmo con el aumento de la población. Que si se hubiese facilitado la importación de vehículos de locomoción colectiva —sin gravarlos excesivamente tampoco— habría tenido que reducirse el ritmo del desarrollo industrial. Pero no más de lo que se frenó eventualmente debido a la necesidad

de utilizar moneda dura para la importación de alimentos y para la creación de servicios estatales como la Empresa Nacional de Transportes.

Ya que hemos sacado anteriormente de ejemplo a Australia, anotaremos ahora que cuando en ese país se comenzó un programa de industrialización se escogió un ritmo de desarrollo que en nada afectase el ritmo de desarrollo de la agricultura. Más aún, con el fin de desarrollar el sector tropical de Queensland se comenzó a cultivar ahí la caña de azúcar, a pesar de ser la mano de obra en Australia de alto costo. Para compensar por el alto costo de su producción se alzaron los precios de la azúcar en el país rebajándose los de exportación a nivel internacional —otros productos, al ser de bajo precio, compensarían por la carestía del azúcar. En el intertanto, se pobló y desarrolló todo un territorio. Es necesario anotar, también, que a pesar del notable desarrollo industrial y minero que ha conocido Australia en los últimos decenios, todavía obtiene la mayor parte de sus divisas de la agricultura.

Pero nosotros no sólo procedimos a arruinar la agricultura, sino que, además, aplicamos mal la teoría económica de *import-substitution* (substitución de importaciones). En Sudáfrica, por ejemplo, se le da protección aduanera a una nueva industria nacional por un período prudente —alrededor de cinco años. Terminado el período debe estar en condiciones de exportar y, desde luego, de competir en el mercado interno con mercaderías extranjeras semejantes. La finalidad de cualquier programa de industrialización tiene que ser lograr lo antes posible una capacidad fabril exportable que incremente las entradas de divisas del país. Esto parece habérsenos escapado.

Nuestras industrias, protegidas, se han contentado hasta este momento —*en términos generales*— con producir poco y caro. Y no mucho y barato, bien diseñado y exportable. Les ha bastado con el mercado interno que se les ha

regalado por ley. En consecuencia no han contribuido a acelerar debidamente el proceso de crecimiento económico, ni han estimulado el desarrollo del diseño industrial en la medida en que podrían haberlo hecho. Ni tampoco, por cierto, han contribuido a disminuir la inflación.

Vale la pena singularizar la importancia que tiene el Diseño en el desarrollo industrial. Ello quedó probado por primera vez en Inglaterra a comienzos de siglo. Entonces los competidores de los ingleses principiaron a restarle mercados en forma alarmante. Hecho que causó tal preocupación que se nombró una comisión real (Royal Commission) para que informara sobre las causas del fenómeno. En una sección de su informe se establece que la responsabilidad de lo que estaba aconteciendo era "our inadequacy in the arts of design" (nuestra incapacidad en las artes del diseño). Por supuesto, que se tomaron medidas inmediatas para remediar aquella falla.

Ahora bien, si las fallas de formación profesional y técnica, relativas a hábitos de estudio e investigación, que limitan el rendimiento de nuestros expertos, queda en evidencia en cuanto sometemos los planes de desarrollo aplicados entre nosotros a un examen crítico somero, más lo quedan cuando intentamos vislumbrar cuáles podrían ser nuestras posibilidades en el futuro inmediato.

¿Somos un país rico o pobre? Pobre sostuvo Francisco Encina, en su estudio intitulado "Nuestra Inferioridad Económica", aunque allí reconoce que en su tiempo sólo se explotaba la tercera parte de la tierra aprovechable en el país. La verdad es que no existe un estudio detallado y coordinado de los recursos naturales, ya madereros, del agro, de la pesca y minerales que podríamos aprovechar. Nos hemos lanzado en aventuras sin contar con los debidos antecedentes tecnológicos. Sin estudios oceanográficos o ictiológicos apropiados, hemos, por ejemplo, impulsado la industria pes-

quera en el norte, y, como era de esperarse, los resultados no han sido satisfactorios.

Nuestra impresión *lega*, después de haber consultado a algunos expertos extranjeros y leído un buen número de estudios internacionales pertinentes, es que Chile no cuenta con riquezas excepcionales como Venezuela o Ecuador, pero que está lejos de ser un país verdaderamente pobre. Los recursos madereros del sur constituyen una de las grandes reservas de celulosa existentes hoy en el planeta. De modo que Chile podría, con relativa facilidad, transformarse en un país exportador de papel e, incluso, de maderas finas para la construcción —siempre que se les tratara bien, o que se les secara en forma debida. Más aún, contando con madera bien tratada, podría exportar muebles de lujo a países como Australia, donde el mueble es carísimo y de pobre artesanía.

A pesar de lo lluvioso del clima en épocas claves, la agricultura en provincias como Llanquihue, Cautín, Biobío, etc., y también la ganadería y la lechería, podrían rendir lo suficiente para abastecer a una población mucho mayor que la actual. Parecería, no obstante, que ya se hace indispensable modernizar los métodos de cultivo para evitar la erosión. Implantar programas destinados a recuperar tierras erosionadas, y otros de reforestación —hay quienes sustentan que el pino insigne no es el que más nos conviene al último fin.

En cuanto a la zona que se extiende de Los Angeles a Santiago, y quizás hasta Ovalle, todo indica que descansa sobre algunos de los lagos subterráneos más grandes del mundo. Esto porque Chile constituye una gran cavidad transversal entre al cordillera de los Andes y la cordillera de la Costa rellena con sedimento filtrable —nuestros ríos son anchos, pero su caudal fluye por un angosto cauce bordeado por anchas riberas arenosas. Sucede que la mayor parte de su caudal se hunde y forma grandes depósitos de

aguas subterráneas. Un plan de aprovechamiento de aguas subterráneas —inicialmente costoso, pero eventualmente enriquecedor— podría incluso triplicar la productividad de la zona. Por otra parte, es de conocimiento público que un informe de expertos israelíes estableció que para asegurar los abastecimientos de agua en el norte chico basta bajar las aguas por tuberías en vez de por canales expuestos a la evaporación y susceptibles al filtraje. O sea, que no es necesario aumentar significativamente y a gran costo el número de represas en la zona.

Para el buen aprovechamiento de las tierras de la zona central habría que estimular el cultivo especializado en sus diversas regiones. A base de esa especialización Chile podría transformarse en exportador importante de frutas envasadas —en volumen muy superior al actual— y de frutas frescas —uvas, melones, etc.— al hemisferio norte, donde se venderían a buen precio, al llegar ahí fuera de estación. Por cierto que algo de esto ya se hace, pero lo que se hace es poco en relación a las posibilidades potenciales. Así como el cultivo de la papaya, por ejemplo, en la zona de la Serena, es apenas un *muestreo* en relación a la capacidad latente.

En cuanto al cultivo de la vid y a la producción de vinos, la política en nuestro país ha sido desastrosa. Incluso se ha cometido el crimen de desarraigar cientos de hectáreas de viñas con el objeto de disminuir la producción de licores. Esto, para combatir el alcoholismo. El problema del alcoholismo se ha combatido con bastante éxito en algunos países del mundo, ya dictando una ley de *embotellamiento* —es decir, prohibiendo la venta de vino a granel; de *litreados* muchas veces adulterados— o ya limitando por ley las horas de venta de licores (Inglaterra). En las Islas Británicas se venden licores en los bares por dos horas hacia el mediodía y por tres horas en la noche.

Lo importante es que en pocos rincones del mundo se ha atentado contra una fuente de riqueza nacional como

se ha hecho aquí. Escocia, y por ende Gran Bretaña, se hallaría hoy sin una de sus mayores fuentes de divisas si se hubiese prohibido la elaboración del whisky escocés en la tierra de Scott y Burns con el fin de disminuir el consumo de esa noble bebida al norte del río Tweed.

Chile debería figurar hoy en día entre los grandes productores de vinos del mundo. Su producción debiese igualar a la de California. Allí, en los últimos decenios, la producción vitivinícola se ha transformado en una de las fuentes de entrada más importante de ese estado de la Unión.

Mientras tanto, ha existido la tendencia de culpar en exceso al agricultor chileno por el desastre productivo de nuestros campos. Hemos visto que la responsabilidad de ese desastre recae, en parte, sobre nuestros planificadores y legisladores. En consecuencia se ha pensado que podría ponerse remedio llevando a cabo una Reforma Agraria. Esta se está aplicando ahora con tan extremo encono que pronto no quedará en Chile sino *minifundios* probablemente anti-económicos.

Recordamos haber discutido el problema de las reformas agrarias con el experto mexicano en ellas —consultor de las Naciones Unidas— señor Edmundo Flores. Principiamos por contarle que hacía poco habíamos conversado con el Embajador de una nación europea en Chile que había representado antes a su patria en un país balcánico. Que le habíamos preguntado si la reforma agraria en aquel país había tenido éxito, y que nos había respondido enfáticamente, que *no*. Que luego había pasado a explicarnos que parecía ser prácticamente imposible arreglar el problema del agro en países en que más de la tercera parte de su población vivía del campo, sumida en la ignorancia. Gente incapaz de adoptar nuevos métodos de trabajo, y menos aún, capaz de utilizar debidamente la nueva maquinaria agrícola. Equipos que, por lo demás, la desplazaban hacia las ciudades, al reducir la necesidad de obra de mano en la tierra.

En fin... que había terminado por hacernos ver que los países de mayor rendimiento agrícola en la actualidad, como Estados Unidos, trabajaban sus tierras *industrialmente* con algo así como el 5% de su población.

El señor Flores no demoró en confirmarnos que las reformas agrarias no habían resultado éxitos productivos; pero sostuvo que sí habían dado buenos resultados *políticos*, en cuanto creaban una masa electoral adpta al partido que la imponía, permitiéndole a él gobernar en continuidad creadora durante muchos decenios. Esto, al menos, había sucedido en México.

Se nos ocurrió pensar, al instante, que a lo mejor se pretendió en Chile lograr una situación semejante a la mexicana entre 1964 y 1970. Si fue así, falló el intento, como tenía que hacerlo, al contener la ecuación chilena factores distintos a la mexicana.

Sea cual fuere la verdad, es un hecho innegable que la reforma agraria en este país tiene hoy un sentido meramente político. Que la forma en que se lleva adelante ha reducido la productividad de los campos. Por cierto que para que hubiese aumentado a ritmo con el aumento constante de población, se habrían tenido que implantar reformas, pero reformas científicas y técnicas, sincronizadas con el poder de asimilación de la industria respecto a la mano de obra desplazada por ellas (20).

Seguir adelante por este camino sería caer en mayores y muy peligrosas honduras, y ya nos hemos arriesgado más

---

(20) Al respecto anota Luis Escobar Cerda, en su estudio intitulado "Una Etapa del Crecimiento económico Nacional", Editorial Universitaria, 1962, página 127, lo siguiente: "...la política de desarrollo debe hacer del pleno empleo uno de sus objetivos, aunque tuviese, accidentalmente, el efecto de producir desempleo". Parecería que en Chile el desempleo crónico es más bien producto de la indiferencia social.

de lo prudente. Nos conviene, por lo tanto, referirnos pronto a otros de nuestros recursos, cuyo debido y cabal aprovechamiento favorecería la estructuración de nuestra plataforma de lanzamiento.

Chile cuenta con inmensos recursos mineros, sobre todo de hierro, cobre y sales. Puesto que geológicamente Chile es uno de norte a sur, podrían descubrirse, en el futuro, yacimientos al menos de cobre y fierro, más al sur aún de Rancagua. En general puede sostenerse que la explotación de los minerales mencionados se realizaba hasta hace poco en bastante buenas condiciones. La nacionalización de las diversas empresas mineras —por falta de tecnología adecuada— no nos ha favorecido hasta el momento.

Nunca hemos entendido la lógica —aunque sí el sentimiento— tras el rechazo absoluto del inversionista extranjero. El capital extranjero puede controlarse. Un país debe utilizarlo mientras lo necesita como *servicio*. Pero para poderlo utilizar como servicio debe saber con qué fin lo busca. Dejado a su arbitrio es mal agente en el proceso de desarrollo, por cuanto tiende a transformar a los países en países monoprodutores, interesándose solamente por incrementar la producción de una mercadería en particular, o de cierta materia prima. No hay duda que ha contribuido al crecimiento, incluso, de los Estados Unidos, que fue por largo tiempo energizado por capitales ingleses. Cuando ese país se enriqueció, adquirió —a veces en forma bastante truculenta— las empresas británicas. Sin embargo, *no* hasta que tuvo plena seguridad de poderlas administrar debidamente. Por lo demás, es un hecho que países socialistas, como Rusia y China, han perdido el temor a la empresa industrial y extractiva capitalista.

Pero *a lo hecho pecho*. Muy difícil que nosotros podamos volver atrás. Lo que no implica que no podríamos llegar a arreglos convenientes mientras adquirimos la capacidad tecnológica y administrativa de que carecemos.

Lo importante ahora, en relación a nuestro futuro económico, es liberarnos de nuestro *provincialismo* político-sentimental, y decidirnos a desatascar al país que se encuentra excesivamente burocratizado debido a una codificación legalista de los procedimientos, en toda consecuencia del predominio del abogado en nuestra política.

Sabemos de al menos dos casos que, en épocas próximas, implicaron la ejecución de programas de inversiones, que debieron realizarse en Chile, en otros países. Uno de ellos concierne un intento norteamericano de instalar en nuestras costas —una vez efectuado acuciosos estudios tecnológicos— una inmensa empresa pesquera —esto en la década del cuarenta. No se efectuó porque sus promotores se cansaron y desistieron después de más de dos años de tramitación. El segundo acaeció en un período cercano. Uno de los más grandes magnates navieros griegos quiso instalar sus astilleros en nuestro país —rico en hierro— pero al igual que las empresas pesqueras norteamericanas fue tramitado hasta su agotamiento. No puede sorprendernos, entonces, que recientemente, uno de nuestros hombres de empresa de más clara visión y mayor habilidad, don Osvaldo Fernández de Castro, haya sugerido en vano al gobierno que viera la forma de explotar los grandes yacimientos de hierro cordilleranos por el método *Marcona* que implica transportar el mineral, finamente molido, en suspensión acuosa, por tuberías. Su distancia de la costa eleva inmensamente el costo de transportarlo por medios convencionales a los puertos. El método *Marcona* saca el hierro, una vez en suspensión acuosa, como si fuera petróleo, por cañerías. En suspensión aún, se carga en inmensos buques-tanques para su traslado al extranjero. Es sabido que de aplicarse tal fórmula —adecuadamente económica— el hierro rendiría mayores entradas en divisas que el cobre. Por lo demás, se trata de un sistema extractivo probado, puesto que se utiliza con mucho éxito en Sudáfrica y en otras par-

tes. Por cierto que hasta el día de hoy no se ha hecho nada en relación a la sugerencia que comentamos.

Es posible imaginarse a Chile, en días no muy lejanos, floreciente. Con entradas superiores de los 4.000.000.000 de dólares, gracias a embarques de minerales de cobre y fierro y de gases naturales. Gracias también a sus exportaciones de madera y papel, de frutas frescas y envasadas, de productos elaborados con sus materias primas —alambrés, acero, etc.— y a los frutos del aprovechamiento de sus sales y carbón en la elaboración de productos químicos, y aún, del turismo de países vecinos —bien administrado y servido. Un Chile con moneda estable, libre de tensiones y de miseria, comerciando ventajosamente con todo el mundo, pero especialmente con el Area Andina. Un Chile lanzado hacia un futuro lleno de perspectivas. Con una educación superior *desarrollada*. Un Chile con la inventiva despierta y pujante.

Sin embargo para alcanzar tal meta será menester resolver grandes problemas sociales que están aún con nosotros, más que nada, por la inepticia de nuestra tecnología y por nuestra innegable injusticia *centralizante*. Con razón Stephen Clissold, en su libro sobre Chile, se muestra sorprendido por la pobreza y las calamitosas condiciones de vida del nortino, que entrega a Chile riquezas fundamentales. Dice: "Todos sabemos lo que son los conventillos, incluso los conventillos rurales, pero los conventillos del desierto son difíciles de imaginar. En general los conventillos son consecuencia de la aglomeración humana; pero ¿cómo ha de existir sobrepoblación en los extensos vacíos del desierto?". (21). En efecto, si el norte del país recibiera su justo porcentaje de la renta nacional no habría pobreza ahí, ni escasez habitacional.

---

(21) "Chilean Scrap-book", Stephen Clissold, The Cresset Press, London, 1952, página 33.

Pero lo que se le niega al norte no alcanza a enriquecer la zona central ni tampoco al sur, puesto que en ambas regiones el problema habitacional es igualmente pavoroso. Hay un déficit de 700.000 casas en Chile —más o menos. En pocos años se resolvió en Europa un déficit de millones de casas —esto después de la Segunda Guerra Mundial. Las técnicas para superar un déficit habitacional como el nuestro se conocen bien— ¿las conocemos nosotros?

Bueno, no hay el dinero para hacerlo todo. Pero ha habido mucho más de lo que generalmente se supone, y mayores cantidades hubiesen estado a nuestra disposición si hubiesen existido *planes de desarrollo* bien concebidos que garantizaran el servicio de deudas. Es por esto, justamente, que insistimos en la necesidad de que el chileno, y en general el sudamericano, haga un esfuerzo verdadero por cambiar de mentalidad, por adquirir un poder de resolución efectivo.

## C A P I T U L O   V

### *Las Predicciones y la Realidad*

Uno de los programas de televisión más cuidadosamente preparados que nos ha tocado la suerte de poder seguir, fue el realizado por la red norteamericana C.B.S. en colaboración con el grupo de *futuristas* del M.I.T., intitulado *El Siglo XX*. Intentaba predecir *visualmente* el tipo de mundo en que viviría el hombre en unos treinta años más.

Para hacer ver los riesgos que corre todo profeta, comenzaba la serie con una visita a la Primera Feria Mundial de Nueva York inaugurada —por coincidencia— algo más de treinta años antes que se filmara el programa en cuestión. Con la cámara visitamos el pabellón favorito de esa feria, en el cual se exhibía un modelo deslumbrante de lo que sería Nueva York hacia el año 1960. Maravillosas autopistas, conduciendo a una ciudad descongestionada, con vastas áreas verdes en torno a núcleos de edificios altísimos. Luego volvimos, con la misma cámara, a la realidad, o a Nueva York no en 1960, sino que en 1970. Autopistas sí, pero hacia

el mismo Manhattan de siempre, sólo que velado por una densa bruma de *smog*. Calles inmundas, atosigadas de automóviles, barrios acosados por pandillas de jóvenes delinquentes. Prostitutas por centenares y vendedores de narcóticos... ¡En fin!... la triste historia de un fracaso.

Lo que acabamos de indicar alegrará a los revolucionarios. Aquel fracaso, sostendrán, es el resultado del capitalismo que nada planifica y que todo explota. Pero después de cincuenta y seis años de comunismo en Rusia, de represión en nombre de la gran y *paradisíaca* libertad futura, siguen allí la tiranía, la escasez de productos de consumo, la ausencia de aliento intelectual y espiritual.

Por todos lados hay fracasos y hay éxitos. Si el caso de Nueva York es decepcionante, no podría decirse lo mismo del caso de las maravillosas ciudades canadienses, en particular Toronto y Vancouver.

Lo importante respecto a la predicción que acabamos de discutir, es que debió resultar. Los datos estaban a la vista, anunciando el porvenir. No se erró en cuanto al número de habitantes que tendría la ciudad, ni en cuanto al número de automóviles que se acumularían en el ámbito de ella ni tampoco respecto a la capacidad económica que tendría el país hacia 1960. Lo que no se tomó en debida cuenta es el hombre mismo, su curiosa sicología. Los futuristas como los ideólogos, sociólogos y economistas, insistimos otra vez, tienden a ignorarlo como factor en sus sistemas.

Los filósofos suelen calar más hondo. Karl Jaspers, por ejemplo, al discutir *las predicciones contemplativas y las predicciones activas*, considera las circunstancias del momento —escribía hacia 1931— y anota lo siguiente: “Interrogantes surgen respecto a las obscuras leyes de un inexorable cauce del destino humano. ¿No será que una substancia absolutamente esencial se está agotando gradualmente? ¿No

será que la decadencia del arte, la poesía y la filosofía indiquen que se está por terminar? ¿No es posible que la manera en que el hombre contemporáneo se sume en la empresa, la forma en que se relaciona con otros, la manera en que se deja esclavizar por impulsos, la futilidad de su vida política, el caos de sus diversiones... todo esto, signifique que esa substancia hipotética comienza a escasear?"

Pero antes nos había pedido que no perdiéramos de vista lo siguiente: "En comparación con los miles de millones de años que existe el mundo, los seis mil años de tradición humana aparecen como el primer segundo de un nuevo período en la transformación del planeta... no hay duda de que desde el punto de vista de una especie para la cual treinta años constituyen una generación, seis mil años es mucho tiempo... de modo que al igual que dos mil años atrás, el hombre siente hoy que vive en un *período terminal* (22).

Justamente porque el ser humano es una criatura nueva en el planeta —hecho al cual ya hemos atribuido importancia— sólo podemos esperar que avance con muchas vacilaciones, sufriendo desencantos en relación a sus sueños, y a causa de sus imperfecciones. Podría ser, incluso, que el hombre sea suplantado por otra especie superior, o que, aún sin serlo, esté destinado a desaparecer de la faz de la tierra, cuya historia bien podría continuar en su ausencia por miles de millones de años. Pero sea cual fuere el caso, el hecho es que aunque tenga ya la capacidad para crear *la sociedad deseable* de Marcuse, no parece estar síquicamente a la altura de ella. Por cierto que parecería importante, para que sus relativos avances constituyan progreso, que no desprecie *esa inefable esencia* de que habla Jaspers, ni deje de valorar sus pocas conquistas sociales básicas, entre las cuales se

---

(22) "Man in the Modern Age", Karl Jaspers, Edición citada, páginas 218-223.

incluye la *libertad del individuo en igualdad ante la ley*, con derecho a pensar lo que se le ocurre y de ir donde se le antoje.

Hemos hecho hincapié en la falibilidad de las predicciones debido a que todas las revoluciones energizadas por ideologías nacen comprometidas con ellas. La revolución chilena actual no es ninguna excepción. Para sus líderes e ideólogos parecía predecible el destino a mediano plazo que esperaba al país si se tomaba una cantidad determinada de medidas (40), mientras se seguía una política socioeconómica específica. En efecto, anunciaron desde un comienzo cuáles serían y predijeron sus efectos: pondrían fin para siempre a la inflación en Chile, aumentarían la producción en forma impresionante, estimulándola a través de un aumento del poder adquisitivo del pueblo —mejor distribución de la riqueza, anulación del desempleo— y acelerando la utilización en las industrias de su capacidad productiva ociosa.

Antes que se cumplieran dos años de gobierno revolucionario el índice de inflación superaba el 283%, la producción bajaba tanto en las industrias extractivas como en las industrias de elaboración. En el agro la situación se presentaba más caótica aún. Reducción radical de la producción de alimentos, y, por ende, la necesidad de importar US\$ 400,000,000 en productos agrícolas, tres veces más que en años anteriores.

Ya antes de marzo de 1973 escaseaban los alimentos en todo el país y se formaban colas interminables ante los almacenes y emporios. Además, surgía un mercado negro escandaloso y recrudecía la violencia callejera.

¿Qué había pasado? Desde luego que no se había tomado en cuenta ni la psicología del chileno ni el medio cultural en que se forma. A pesar de que los líderes e ideólogos de los partidos de gobierno hoy en el poder se consideran estudiosos de una doctrina social *científica*, sus actos y actitudes les delatan, no una capacidad de análisis desa-

pasionado, sino, por el contrario, apasionamiento desorbitado y falta de todo sentido de las proporciones.

Hasta cierto punto era predecible —en los términos generales— que fracasaría la revolución chilena. Cambios radicales de estructuras no pueden dejar de causar gravísimos problemas económicos. Es por esto que sólo se han podido implantar con éxito en países derrotados o destruidos moralmente. Cuando ningún cambio podría empeorar una situación ya deplorable. O sea, en la Rusia hambreada de 1917, en los pueblos invadidos y subyugados entre 1936 y 1946, y en la Cuba denigrada por la tiranía de Batista.

Pero en 1970 Chile prosperaba. Parecía estar a punto de *decolar* hacia el desarrollo cabal. Las caídas tenían que sentirse y notarse. Si algo aconsejaba la situación imperante en nuestra patria a los que entonces asumían el poder, era cautela. Proceder sin excesiva precipitación... darse tiempo. Pero, en vez, se lanzaron sobre las empresas extranjeras y nacionales privadas con avidez asombrosa. Aceleraron la reforma agraria y propiciaron una ola de tomas ilegales de predios agrícolas. En otras palabras, arrasaron con las bases de la economía existente como arrasa la *mara-bunta* con los bosques del Brasil.

Además es un hecho consabido que en los pueblos en proceso de desarrollo la gente hábil, los profesionales, los técnicos, los ejecutivos, forman una capa delgadísima. Que romperla implica dejar surgir a ineptos e improvisados. Pues bien, y a pesar de los consejos de Fidel Castro —que había sufrido ya la experiencia— procedieron a hostilizar a los técnicos en particular, y a la clase media en general, a la cual pertenecen la mayoría de los profesionales, profesores, y tecnólogos del país. Resultado: una fuga de cerebros paralizadora.

Mientras tanto, han intentado encubrir sus desatinos desatando una campaña de odio hacia personas y partidos

sin precedentes en nuestra historia. Así han dividido a nuestro pueblo, colocándolo al borde de un grave enfrentamiento. Esto, mientras se le agotan sus recursos económicos y escasean las medicinas, los combustibles, los repuestos, y no sólo los alimentos. Dejando, en efecto, desamparada a la nación. Incluso incapacitada para defenderse de amenazas externas.

Parecería que sus equívocos, con la anuencia de la inmensa desidia de los chilenos, están creando artificialmente las precondiciones para la implantación de un régimen marxista. De cualquier manera se crearían a inmenso riesgo para la integridad nacional. Tal cual van las cosas, no es imposible que termine existiendo un Chile socialista entre Valledupar y Puerto Montt.

Es que los líderes de la izquierda en esta tierra actúan como gente medieval; como *inquisidores*, como visionarios *no* de una realidad posible, sino de una realidad *mística* y *mítica*. No ven el paraíso en un ámbito trascendente, sino, en lo que todavía *no es*, o sea, en el eterno porvenir.

Naturalmente, que si se toma en cuenta la religiosidad ideológica del revolucionario de hoy, no se le puede considerar un hombre de la edad moderna, ni menos un hombre nuevo. En primer lugar, no es un hombre que *dude*, y lo que distingue al mundo moderno, que se inicia en el renacimiento, del mundo del pasado, es justamente que en él el hombre comenzó a cuestionar y a dudar. Esto, mientras decidía cargar sobre sus hombros las grandes interrogantes de la existencia.

Para distinguir entre el hombre postrenacentista y el hombre de otras edades, incluso la griega, basta contrastar el "Edipo Rey" de Sófocles con "La Vida es Sueño" de Calderón de Barca, puesto que la última obra es una variación barroca del mito de Edipo.

El "Edipo Rey" dramatiza el mito original sin alterar su contenido. La fatalidad ha determinado que Edipo mate a su padre y se case con su madre, así, al menos, lo anuncian los oráculos. Su padre intenta eludir la fatalidad ordenando que se dé muerte a su hijo recién nacido. El encargado de hacerlo no cumple la orden, y con el correr del tiempo, Edipo efectivamente mata a su padre, a quien no conoce. Años después, da muerte a la Esfingé y le concede, por premio, la mano de su madre, sin que él sepa que lo sea. Luego aflige a Tebas una epidemia mortal. Tiresias revela que su causa es el matrimonio incestuoso de Edipo y su madre. Ella se mata y él se arranca los ojos. La profecía se cumple. Para el griego no había forma de escapar al *fatum*.

No es el caso de Segismundo en "La Vida es Sueño". Basilio, rey de Polonia, es informado por sus astrólogos que el hijo que le ha de nacer lo humillará y lo arruinará. Nace en una noche tormentosa y su madre muere al darle a luz, hecho que confirma en la mente del rey Basilio el mal *hado* del niño —como se ve, no corre en esta versión el problema del incesto. Pero Basilio no ordena que se le dé muerte. Hace, eso sí, anunciar al pueblo que el heredero había muerto con su madre, aunque sólo lo recluye en una torre aislada en las montañas. Con el correr del tiempo —y esto es lo *nuevo*, lo barroco, de la obra— el rey *duda*. ¿Que si las estrellas se han equivocado? ¡A lo mejor su hijo no es un monstruo! Decide hacerlo traer drogado al palacio donde se le dirá quién es. Si se comporta noblemente permanecerá allí como heredero. Si no, se le drogará nuevamente y se lo llevará a su celda, donde se le dirá, cuando despierte, que lo que creyó haber vivido fue, en realidad, un sueño. Se comporta mal y se le vuelve drogado a su torre. Pero el pueblo, informado ahora, de que tiene un heredero, se subleva, libera a Segismundo, quien reúne un ejército y se lanza contra su padre. Lo derrota, pero no se venga de él. Lo perdona, temiendo, quizá, que si se porta despiadado

otra vez, despertará nuevamente de un sueño..." ¿Qué es la vida?... Una ilusión, una sombra, una ficción... Y toda la vida es sueño y los sueños, sueños son".

No hay en Calderón, a pesar de haber sido sacerdote creyente, una idea invariable y absoluta acerca de la naturaleza de la realidad, o de la naturaleza del ser viviente. Su mente es muy distinta a la mente de los ideólogos del momento.

Ellos, con curioso simplismo, atribuyen la causa de todas las diferencias sociales y económicas existentes en los pueblos a la explotación del hombre por el hombre y a la explotación de los pueblos débiles por los poderosos. Pero, ¿por qué se enriquecen algunos y otros no? ¿Por qué los pueblos suelen prosperar y luego decaer? ¿No hay en todo esto, factores que atañen a actitudes mentales, morales y éticas? ¿Es posible reducir al hombre a un término medio, o a una abstracción invariable? Por mucho que se ataque hoy día a las *élites* no puede negarse que hay mentes y espíritus superiores. Que unos hombres son más inteligentes que otros, que existen débiles mentales, morones y enajenados.

Por supuesto que el hecho de que un ser no posea las ventajas físicas y mentales de otro no quiere decir que él merezca la pobreza. ¡Somos los guardianes de nuestros hermanos! Pero no se protege y resguarda al menos capacitado persiguiendo y frustrando a quienes pueden crear la riqueza que permitiría rescatarlo del abandono.

Los problemas que enfrentan los pueblos subdesarrollados no tienen una sola solución, aunque en todos sea necesario implantar ciertas reformas básicas. Quienes los reducen simplemente a un asunto económico no ofrecen pruebas; reiteran majaderamente métodos de interpretación relativamente simples. Es imposible refutarlos en cuanto ellos dan voz a una fe. Por eso mismo los fracasos no los hacen

titubear, ni dan marcha atrás cuando las consecuencias de sus acciones llevan a la ruína.

Es así que estamos en este país cerca del estado en que se encontró el Egipto en uno de los momentos más oscuros de su larga historia. Dice un papiro de la época: "Abundan los ladrones... Nadie trabaja la tierra. La gente dice: "No sabemos lo que ocurrirá de un día para otro"... La mugre abunda en todas partes... El país gira sobre sí mismo como la rueda del alfarero... Nadie se ríe... Tanto los grandes hombres como los más humildes exclaman: "¡Ojalá no hubiera nacido!"... Las oficinas donde se guardan los archivos han sido saqueadas y los documentos de los escribas yacen desparramados, destruidos... La gente hambreada come lo que desechan los cerdos... los artistas no practican el arte... la insolencia se hace insoportable... ¡Oh, si sólo el hombre dejase de existir! ¡Qué deje la mujer de concebir! ¡Entonces, al fin, el mundo quedará en paz!". (23).

Pero el Egipto sobrevivió esa crisis, recuperó sus formas culturales y siguió prosperando por muchos siglos. ¡Así sea en Chile!

---

(23) Tomado de "Die Literatur der Aegypten", Erman, 1923, páginas 130-148.

## I N D I C E

	Pág.
Nota Preliminar .....	9
CAPITULO PRIMERO	
Lo General antes de lo Particular .....	11
CAPITULO SEGUNDO	
Causas y Consecuencias del Subdesarrollo .....	25
CAPITULO TERCERO	
La Educación Superior en Nuestra América .....	39
CAPITULO CUARTO	
Sobre el Futuro en General y el Nuestro en Particular .....	57
CAPITULO QUINTO	
Las Predicciones y la Realidad .....	77